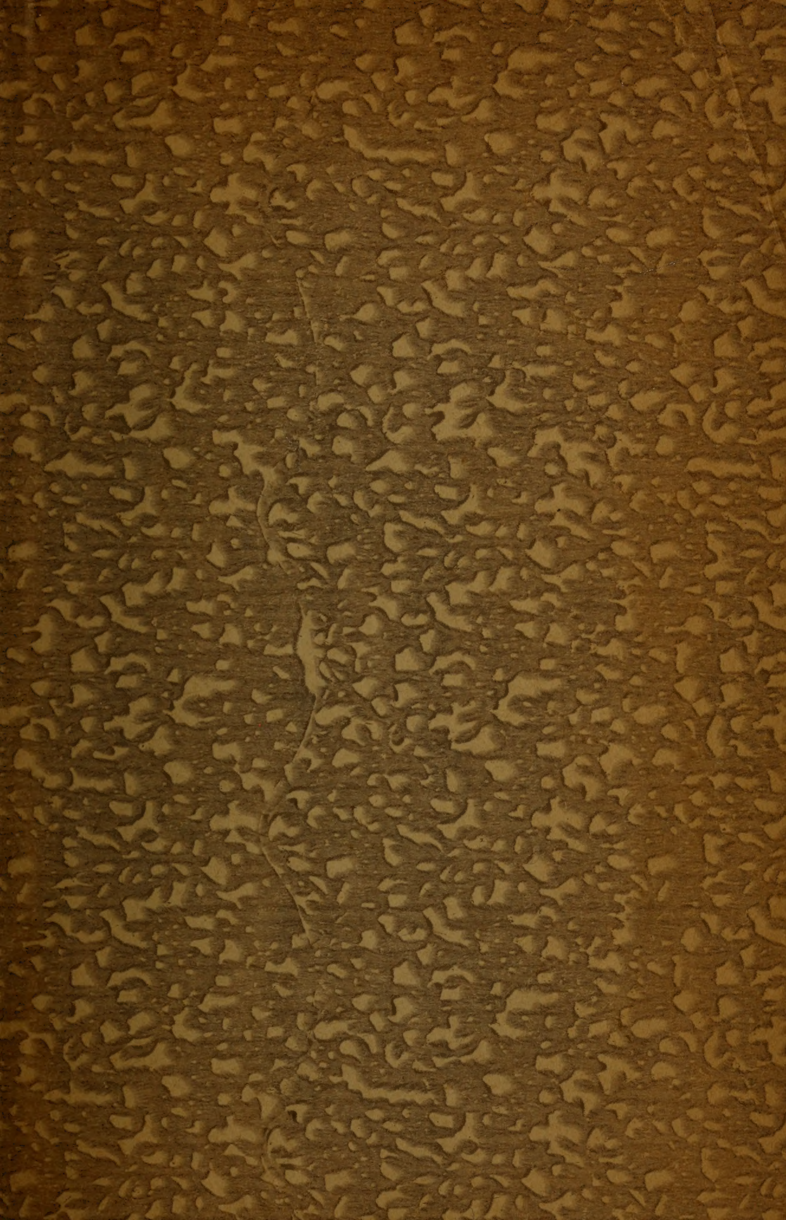

3 1761 09545265 2







OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

OBRAS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

BIBLIOTECA CALLEJA

VERSO

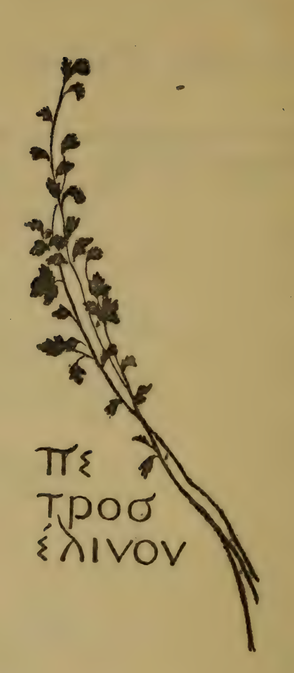
PRIMERAS POESÍAS
ARIAS TRISTES
OLVIDANZAS
ELEGÍAS
LABERINTO
POEMAS IMPERSONALES
APARTAMIENTO
EL SILENCIO DE ORO
SONETOS ESPIRITUALES
ESTÍO
ETERNIDADES
POESÍAS ESCOGIDAS

PROSA

PROSA PRIMERA
POEMAS EN PROSA
RECUERDOS
PLATERO Y YO
LA COLINA DE LOS CHOPOS
ELEGÍA A LA MUERTE DE UN HOMBRE
LAS FLORES DE MOGUER
VIDAS PARALELAS
SEVILLA
CUENTO Y SUEÑOS
CREACIÓN
MISS CONCIENCIA
LIBRO COMPASIVO

VERSO Y PROSA

ESTO
DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO
MONUMENTO DE AMOR


πε
τροσ
έλινον

OBRAS

DE

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

DIARIO

DE UN POETA RECIÉN CASADO

(1916)

TERCERA EDICIÓN



CASA EDITORIAL CALLEJA
MADRID
1917

De esta obra se han tirado 100 ejemplares numerados en papel de hilo.

DIARIO
DE UN POETA RECIÉN CASADO

— 1916 —

A

RAFAEL CALLEJA

ESTA BREVE GUÍA DE AMOR

POR TIERRA, MAR Y CIELO

(No el ansia de color exótico, ni el afán de «necesarias» novedades. La que viaja, siempre que viajo, es mi alma, entre almas. Ni más nuevo, al ir, ni más lejos; más hondo. Nunca más diferente, más alto siempre. La depuración constante de lo mismo, sentido en la igualdad eterna que ata por dentro lo diverso en un racimo de armonía sin fin y de reinternación permanente. En la tarde total, por ejemplo, lo que da la belleza es el latido íntimo de la caída idéntica, no el variado espectáculo externo; la exactitud del latido. El corazón, si existe, es siempre igual; el silencio, verdadera lengua universal ¡y de oro!, es el mismo en todas partes.

En este álbum de poeta copié, en leves notas, unas veces con color solo, otras sólo

con pensamiento, otras con luz sola, siempre frenético de emoción, las islas que la entraña prima y una del mundo del instante subía a mi alma, alma de viajero, atada al centro de lo único por un hilo elástico de gracia; pobre alma rica, que, yendo a lo suyo, se figuraba que iba a otra cosa... o al revés, ¡ay!, si queréis.

J. R. J.

Madrid, 3 de setiembre de 1916.)

SALUDO DEL ALBA

¡CUIDA bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida. En su leve trascurso se encierran todas las realidades y todas las variedades de tu existencia: el goce de crecer, la gloria de la acción y el esplendor de la hermosura.

El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana es sólo una visión. Pero un hoy bien empleado hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una visión de esperanza. ¡Cuida bien, pues, de este día!

(DEL SANSCRITO.)

I

HACIA EL MAR

I

Madrid,
17 de enero de 1916.

¡QUÉ cerca ya del alma
lo que está tan inmensamente lejos
de las manos aún!

Como una luz de estrella,
como una voz sin nombre
traída por el sueño, como el paso
de algún corcel remoto
que oímos, anhelantes,
el oído en la tierra;
como el mar en teléfono...

Y se hace la vida
por dentro, con la luz inextinguible
de un día deleitoso
que brilla en otra parte.

¡Oh, qué dulce, qué dulce
verdad sin realidad aún, qué dulce!

II

Madrid,
17 de enero.

RAÍCES y alas. Pero que las alas arraiguen
y las raíces vuelen.

III

Madrid,
18 de enero.

MIENTRAS trabajo, en el anillo de oro
puro me abrazas en la sangre
de mi dedo, que luego sigue, en gozo,
contigo, por toda mi carne.

¡Qué bienestar! ¡Cómo mis fuertes venas
de ti van, dulces, embriagándose,
cual de una miel celeste que tuviera
la luz de los eternos cálices.

Mi corazón entero pasa, río
vehemente y noble, bajo el suave

anillo que, por contenerlo, en círculos
      infinitos de amor se abre.

IV

Madrid,
20 de enero.

CLAVO débil, clavo fuerte...
Alma mía, ¡qué más da!
Fuera cual fuera la suerte,
el cuadro se caerá.

V

En tren,
21 de enero, madrugada.

LA MANCHA

UNA estrella sin luz
casi, en la claridad difusa
de la luna extendida por la niebla,
vigila tristemente todavía
los olivares de la madrugada
que ya apenas se ven.
                              El campo,
trastornado e informe e incoloro
en la sombra

que, gris, se va y la luz gris que se viene,
empieza vagamente a limitarse,
con el alba,
de luces y colores...

¡Alma mía
salida ahora de tu sueño, nueva,
tierna, casi sin luz ni color aún, hoy
—como un recién nacido—
por este campo viejo que cruzaste
tantas veces
—los olivares de la madrugada—,
tantas veces, con ansia y sin sentido,
a la luz de la estrella inextinguible
de tu amor infinito, ¡cuánto tiempo
náufrago de la luna!

... Una estrella
vigila tristemente... todavía...
los olivares de la madrugada
... que casi no se ven
ya... en el recuerdo...

VI

En tren,
21 de enero, madrugada.

SOÑANDO

—¡No, no!
Y el niño llora y huye
sin irse, un punto, por la senda.

¡En sus manos
lo lleva!
No sabe lo que es, mas va a la aurora
con su joya secreta.
Presentimos que aquello es, infinito,
lo ignorado que el alma nos desvela.
Casi vemos lucir sus dentros de oro
en desnudez egregia...

—¡No, no!
Y el niño llora y huye
sin irse, un punto, por la senda.

Podría, fuerte, el brazo asirlo...
El corazón, pobre, lo deja.

VII

En tren,
21 de enero.

LOS ROSALES

ES el mar, en la tierra.
Los colores del sur, al sol de invierno,
tienen las ruidosas variedades
del mar y de las costas...
¡Oh mañana en el mar! —digo, ¡en la tierra
que va ya al mar!

VIII

Hora en Sevilla,
21 de enero.

¡GIRALDA!

Lynda syn comparaçion,
Claridat é luz de España...

VILLASANDINO.

GIRALDA, ¡qué bonita
me pareces, Giralda —igual que ella,
alegre, fina y rubia—,
mirada por mis ojos negros —como ella—,
apasionadamente!

¡Inefable Giralda,
gracia e inteligencia, tallo libre
—¡oh palmera de luz!,
¡parece que se mece, al viento, el cielo!—
del cielo inmenso, el cielo
que sobre ti —sobre ella— tiene,
fronda inefable, el paraíso!

IX

De Sevilla a Moguer, en tren,
21 de enero.

AMANECER DICHOSO

TODA mi alma, amor, por ti es conciencia,
y todo corazón, por ti, mi cuerpo.
Es cual un cielo azul de primavera
en la copa de un árbol de flor lleno.

Sol nuevo de la gloria, lo que pienso
azula y dora, lejos de ella y cerca,
la blanca y pura flor de lo que siento
lejos y cerca de la lumbre célica.

Amor, y tú no estás allí, ni fuera;
mi flor te mira igual que mira al cielo;
y eres la misma flor, y eres la esencia,
como el cielo del árbol, de mi pecho.

X

A Moguer,
21 de enero.

MADRIGAL

A TI

EL sol, más fuerte y puro
cada vez, como
mi amor.
Cuanto aprendiera
a ver aquí, los años juveniles,
había de encontrarlo luego
en ti..., ahora, amor, paisaje, jardín mío,
tan mío como el campo este
en el que vieron esta luz mis ojos,
a la que luego, ahora, te han mirado,
¡andaluza del cielo!

XI

A Moguer,
21 de enero.

(En voz alta.)

PRIMER almendro en flor,
tierna blancura casta,
¡cuál sales a mi encuentro

lo mismo que su alma!
—... su alma, que venía, *(En voz baja.)*
anoche, por La Mancha,
velando mi desvelo
con su hermosura blanca,
en la nube caída, *(Ya no se dice.)*
en las rápidas aguas,
en las rondas de humo,
en la luna que daba
en mi alma...

XII

De San Juan a Moguer, en coche,
21 de enero.

GRACIA

A TI

ESTA gracia sin nombre ni apellido
es la que tienes tú.
Las confusiones
celestes y de oro de tus risas,
tus ojos, tus cabellos,
son la rubia belleza
de este enredo de cielo limpio y sol alegre
que lo traspasa todo
con su sola gracia.

¡Gracia, enredo divino
sin cabo y sin salida; luz,
gracia, del color; gracia, alegría
de la luz; color, gracia,
de la alegría!

XIII

Moguer,
23 de enero.

MOGUER

MOGUER. Madre y hermanos.
El nido limpio y cálido...
¡Qué sol y qué descanso
de cementerio blanqueado!

Un momento, el amor se hace lejano.
No existe el mar; el campo
de viñas, rojo y llano,
es el mundo, que el mar adorna sólo, claro
y tenue, como un resplandor vano.

¡Aquí estoy bien clavado!
¡Aquí morir es sano!
¡Este es el fin ansiado
que huía en el ocaso!

Moguer. ¡Despertar santo!
Moguer. Madre y hermanos.

XIV

Moguer,
25 de enero.

TARDE EN NINGUNA PARTE
(MAR DE ADENTRO)

...¡ESTE instante
de paz —sombra despierta—,
en que el alma se sume
hasta el nadir del cielo de su esfera!

¡Este instante feliz, sin nueva dicha,
como un lago de oro
rodeado de miserias!
—...Todo lo inunda el alma,
y ella se queda
alta, sola,
fuera—.

¡Este instante infinito —cielo bajo—,
entre una larga y lenta
ola del corazón —despierta sangre—
y una antigua, olvidada
y nuevamente vista estrella!

XV

Moguer,
26 de enero.

A UNA MUJER
QUE MURIÓ, NIÑA, EN MI INFANCIA

CEMENTERIO DE MOGUER

VEINTE años tienes en la muerte.
Eres ya una mujer —¡qué hermosa eres!—
Veinte años... ¡Te pareces a esta aurora
bella y fría —¡qué pura!—, tierra y gloria!

XVI

De Moguer al tren, en coche,
27 de enero.

AMANECER

...¡QUÉ malestar, qué sed, que estupor
[duro,
entre esta confusión de sol y nube,
de azul y luna, de la aurora
retardada!
Escalofrío. Pena aguda...

Parece que la aurora me da a luz,
que estoy ahora naciendo,
delicado, ignorante, temeroso
como un niño.

Un momento volvemos a lo otro
—vuelvo a lo otro—, al sueño, al no nacer —¡qué
y tornamos —y torno— a esto, [lejos!—
solos —solo...—

Escalofríos...

XVII

En tren, a Sevilla,
27 de enero.

DUERMEVELA

Vestida toda de blanco,
toda la gloria está en ella.

ROMANCE POPULAR.

VESTIDA tu pureza
con el blanco vestido
de desposada, ibas
por mi sueño tranquilo,
cual con tu traje blanco
de niña, ante mí, niño.

Y me dabas, riendo
en tus ojos floridos,
con el anillo de hoy,
el áureo rizo antiguo.
¡Rizo fino de niña,
arco iris divino
del prado —el corazón—
de tu amanecer nítido!

XVIII

Sevilla,
27 de enero.

TÚ Y SEVILLA

A Sevilla le echo los requiebros
que te echo a ti. Se ríen,
mirándola, estos ojos que se ríen
cuando te miran.

Me parece
que, como tú, llena ella el mundo,
tan pequeño y tan mágico con ella, digo,
contigo, ¡tan inmenso,
tan vacío sin ti, digo, sin ella!

¡Sevilla, ciudad tuya,
ciudad mía!

XIX

Sevilla,
27 de enero.

DE LA *GUÍA CELESTE*

EL *PARAÍSO:* Paraje breve e infinito, «*lyndo syn comparaçion*» —Villasandino—, trasunto fiel de la ciudad terrena —conocida bien del viajero— de Sevilla, «*briosa ciudat extraña*» —Autor citado—. Sito exactamente en el lugar del cielo que corresponde, con su azul, a dicha ciudad «*claridat è luz de España*» —Autor citado—. En la primavera universal, suele *El Paraíso* descender hasta Sevilla.

XX

A Cádiz, en tren,
28 de enero.

¡DOS HERMANAS!

CIELO azul y naranjas:
¡Do Jermaaaana!

... El tren no va hacia el mar, va hacia el verano verde de oro y blanco.

Una niña pregona: «*¡Violeeeetaa!*»
Un niño: «*¡Agüiiiita frejca!*»

Yo, en un escalofrío sin salida,
sonrío en mi tristeza y lloro de alegría.

—Dos cables: «Madre, Novia: Moguer, Long-
Island; Flushing: Naufragué, en tierra, en mar
[de amor.»

XXI

A Cádiz,
28 de enero.

TREN de todas las tardes,
donde iba yo antes,
cuando en este paisaje
viví, que hoy paso, grave...

—¡Dulce, corto viajar
del pueblo al naranjal,
de la novia al pinar!—

¡Olivos y pinares!
¡Ponientes de oro grande!
¡Qué bien, qué bien estabais!
... ¡Qué bien, qué bien estáis!

¡Aquí! ¡A ninguna parte
más que aquí!
—¡Qué bien!—
Cae
hacia el mar ya, inefable
como una mujer, madre
de aquí, hermana, amante
de aquí, la tarde, amor, ¡mi tarde!

XXII

Estación de Utrera,
28 de enero.

A UNA ANDALUZA COMO ESA

TU recuerdo es en mí, áspero y franco,
como el color de aquellas rosas, reventonas
en el viento de abril
que parte el día con su proa
de cristal tosco. Desordena
mis pensamientos abatidos con la
risa con gallos con que abre
la sombra
de la noche sutil y desviada,
la sana aurora vulgarota.

XXIII

Jerez,
28 de Enero.

¡ADIÓS...!
Y me parece
que la tarde ¡una lágrima! se tiende
desnuda, inmensamente,
tras mi, por retenerme...

XXIV

A Cádiz, anochecer grana,
28 de enero.

PUERTO REAL

¡QUÉ miedo el acordarse
de los muertos instantes
en que fuimos felices!
Trae
la memoria, con cada uno de ellos,
—como en un viento grande
de ruina y sequedades—
su adorno y su paisaje...
¡Y son marismas secas, sales
rojas, altas lagunas que creímos mares!

XXV

Cádiz,
29 de enero, amaneciendo.

LA terrible amenaza
es esta:
«Se caerá, sin abrir, la primavera.»

—¡Y no tendrá la culpa
ella!—

Verá bien con sus ojos
negros, rojos de lágrimas secretas,
el camino de gloria
de la alegría exacta y verdadera...
Pero le cerrarán, justos,
la puerta.

Será su alma la más sana
de las almas primeras.
Pero le cerrarán, justos,
la puerta
a su carne, lo mismo
que si loca estuviera.

—¡Y no tendrá la culpa
ella!—

XXVI

Cádiz, en las murallas,
29 de enero.

AUN cuando el mar es grande,
como es lo mismo todo,
me parece que estoy ya a tu lado...
Ya sólo el agua nos separa,
el agua que se mueve sin descanso,
¡el agua, sólo, el agua!

II

EL AMOR EN EL MAR

XXVII

30 de enero.

¡TAN finos como son tus brazos,
son más fuertes que el mar!
Es de juguete
el agua, y tú, amor mío, me la muestras
como una madre a un niño la sonrisa
que conduce a su pecho
inmenso y dulce...

XXVIII

30 de enero.

CIELO

CIELO, palabra
del tamaño del mar
que vamos olvidando tras nosotros.

XXIX

1 de febrero.

SOLEDAD

EN ti estás todo, mar, y sin embargo,
¡qué sin ti estás, qué solo,
qué lejos, siempre, de ti mismo!

Abierto en mil heridas, cada instante,
cual mi frente,
tus olas van, como mis pensamientos,
y vienen, van y vienen,
besándose, apartándose,
en un eterno conocerse,
mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
tu corazón te late y no lo siente...
¡Qué plenitud de soledad, mar sólo!

XXX

1 de febrero.

MONOTONÍA

EL mar de olas de zinc y espumas
de cal, nos sitia
con su inmensa desolación.
Todo está igual —al norte,
al este, al sur, al oeste, cielo y agua—,
gris y duro,
seco y blanco.
¡Nunca un bostezo
mayor ha abierto de este modo el mundo!

Las horas son de igual medida
que todo el mar y todo el cielo
gris y blanco, seco y duro;
cada una es un mar, y gris y seco,
y un cielo, y duro y blanco.

¡No es posible salir de este castillo
abatido del ánimo!
Hacia cualquiera parte —al oeste,
al sur, al este, al norte—,

un mar de zinc y yeso,
un cielo, igual que el mar, de yeso y zinc,
—ingastables tesoros de tristeza—,
sin naciente ni ocaso...

XXXI

1 de febrero.

VENUS

A ALEJANDRO PLANA

¡VA a nacer también aquí y ahora! Vedlo. Nácares líquidos. Las sedas, las caricias, las gracias todas, hechas ola de espuma. ¡Ya!... ¡Allí!... ¿No?... ¿Será culpa del fraile?

¡Da ganas de llorar que el barco, ¡el oso este!, pese así, negro y sucio, sobre el agua, esa espalda de ternura! ¡A ver! ¡Que quiten de aquí el barco, que va a nacer Venus! —¿Y dónde lo ponemos? ¿Y dónde lo ponemos?—

¡Apolo, amigo sólo de la diosa, que vas mientras tocan aquí al rosario, con tu ramo grana —blanco en la aurora, de oro al mediodía—, a tu casa del poniente! ¡Apolo, amigo sólo mío; Venus murió sin nacer, por culpa de la Trasatlántica!

XXXII

2 de febrero.

DESPERTAR

—¡OH voluntad tardía!—
No te he visto,
noche, más que tu cabellera.
Tu ancha espalda
no pudo congregarse un solo instante;
blanca —como las ruinas de la luna—
quedó rota en mi sueño repetido,
al que tú, tristemente,
volvías, grandes, tus cansados ojos,
para decirme ¡adiós! desde la aurora.

Ahora que no eres nada
más que cerrada fosa, oscura cáscara
de tu honda y clara sombra, ¡cuán inútil
mi despertar tardío, noche pura!

XXXIII

Azores,
2 de febrero.

¡ESTRELLAS!

LAS estrellas parecen en el mar,
tierra, tierra divina,
islotes de la gloria,
la única tierra y toda
la tierra,
la verdadera tierra única:
¡Estrellas!

¡En el mar sí que lucen
las estrellas!
—Son más estrellas que en aquella *(A otro.)*
tierra que yo creí la tierra,
y atraen más al alma
con su imán blanco,
porque son aquí ella y ellas, ¡todo!
tierra y estrellas.—

¡Estrellas!
¡Ahora voy, ahora voy!
—¡El mar aquí si que es camino!— *(A otro.)*

Se me abren los ojos, y no ven,
deslumbrados de luz cercana,
estallido infinito de pureza...

   Cien voces gritan: ¡Tierra!
Yo, ciego: ¡Estrellas!

XXXIV

3 de febrero.

CIELO

SE me ha quedado el cielo
en la tierra, con todo lo aprendido,
cantando, allí.
                              Por el mar este
he salido a otro cielo, más vacío
e ilimitado como el mar, con otro
nombre que todavía
no es mío como es suyo...
                                        Igual que, cuando
adolescente, entré una tarde
a otras estancias de la casa mía
—tan mía como el mundo—,
y dejé, allá junto al jardín azul y blanco,
mi cuarto de juguetes, solo
como yo, y triste...

XXXV

3 de febrero.

NOCTURNO

¡OH mar sin olas conocidas,
sin «estaciones» de parada,
agua y luna, no más, noches y noches!

...Me acuerdo de la tierra,
que, ajena, era de uno,
al pasarla en la noche de los trenes,
por los lugares mismos y a las horas
de otros años...

—¡Madre lejana,
tierra dormida,
de brazos firmes y constantes,
de igual regazo quieto,
—tumba de vida eterna
con el mismo ornamento renovado—;
tierra madre, que siempre
aguardas en tu sola
verdad el mirar triste
de los errantes ojos!—

... Me acuerdo de la tierra
—los olivares a la madrugada—
firme frente a la luna
blanca, rosada o amarilla,
esperando retornos y retornos
de los que, sin ser suyos ni sus dueños,
la amaron y la amaron...

XXXVI

4 de febrero.

CIELOS

UN cielo cada día,
cada noche...

Cóncavas manos cazadoras
de la fe de un instante por el mar.

Mas yo, pequeño, escapo, día
tras día, noche
tras noche,
como una mariposa...

XXXVII

4 de febrero.

LOS nubarrones tristes
le dan sombras al mar.
El agua, férrea,
parece un duro campo llano,
de minas agotadas,
en un arruinamiento
de ruinas.

¡Nada! La palabra, aquí, encuentra
hoy, para mí, su sitio,
como un cadáver de palabra
que se tendiera en su sepulcro
natural.

¡Nada!

XXXVIII

5 de febrero.

SOL EN EL CAMAROTE

(Vistiéndome, mientras cantan, en trama fresca, los canarios de la cubana y del peluquero, a un sol momentáneo.)

AMOR, rosa encendida,
¡bien tardaste en abrirte!
La lucha te sanó,
y ya eres invencible.

Sol y agua anduvieron
luchando en ti, en un triste
trastorno de colores...
¡Oh días imposibles!
Nada era, más que instantes,
lo que era siempre. Libre,
estaba presa el alma.
—A veces, el arco iris
lucía brevemente
cual un preludio insigne...—

Mas tu capullo, rosa,
dudaba más. Tuviste

como convalecencias
de males infantiles.
Pétalos amarillos
dabas en tu difícil
florecer... ¡Río inútil,
dolor, cómo corriste!

Hoy, amor, frente a frente
del sol, con él compites,
y no hay fulgor que copie
tu lucimiento virgen.
¡Amor, juventud sola!
¡Amor, fuerza en su origen!
¡Amor, mano dispuesta
a todo alzar difícil!
¡Amor, mirar abierto,
voluntad indecible!

XXXIX

5 de febrero, nublándose.

MENOS

¡TODO es menos! El mar
de mi imaginación era el mar grande;
el amor de mi alma sola y fuerte

era sólo el amor.
Más fuera estoy
de todo, estando más adentro
de todo. ¡Yo era solo, yo era solo
—¡oh mar, oh amor!— lo más!

XL

5 de febrero.

MAR

¡SÓLO un punto!
Sí, mar, ¡quién fuera,
cual tú, diverso cada instante,
coronado de cielos en su olvido;
mar fuerte —¡sin caídas!—,
mar sereno
—de frío corazón con alma eterna—,
¡mar, obstinada imagen del presente!

XLI

5 de febrero.

MAR

PARECE, mar, que luchas
—¡oh desorden sin fin, hierro incesante!—

por encontrarte o porque yo te encuentre.
¡Qué inmenso demostrarte,
en tu desnudez sola
—sin compañera... o sin compañero
según te diga el mar o la mar—, creando
el espectáculo completo
de nuestro mundo de hoy!
Estás, como en un parto,
dándote a luz —¡con qué fatiga!—
a ti mismo, ¡mar único!,
a ti mismo, a ti sólo y en tu misma
y sola plenitud de plenitudes,
...¡por encontrarte o porque yo te encuentre!

XLII

6 y 7 de febrero.

SENSACIONES DESAGRADABLES

...¿QUIÉN me ha echado tiza en los ojos? Mar y cielo se me funden en un solo blanco crudo. No sé si al norte, si al sur, si al este, si al oeste, un agujero naranja. ¡Qué dolor aquí en mis ojos! ¡Ay! ¿Herida, grito, el sol... o qué?

Frío en los pies, de pronto. ¡Las mantas! ¡Las mantas! Si parece que han encerrado el mar en una botella de Mondáriz... ¡Eclipse! ¡Eclipse! Todos, las mujeres, los niños, los hombres, miran el sol por las gafas negras, por las gafas naranjas, por las gafas verdes del fraile de las barbas azules, susto de Venus la otra tarde.

¡Otra vez las cadenas! ¡Las cuatro y media siempre! ¿En dónde? Aún se filtra por las maderas el amarillo de la luz eléctrica, con el verde del relámpago. Cucarachas sin miedo. Y la lluvia. Y el baldeo a un pie de mi cabeza. Y el trueno, como una ola, como un baldeo del cielo...

Un poquito de mar verdeuva, al lado del barco. El horizonte en la mano, digo, en el pie. —¿Terranova?— Niebla hasta el alma. La sirena, cada minuto, en el horario del tedio. ¡Qué frío en la nariz, en las orejas, en el pensamiento! Cosas inminentes y grandes pasan y pasan, como vagos monstruos, muy cerca ¡y qué lejos!

Dos moles, sólo: la tormenta y el barco, frente a frente en la sombra del agua total —mar y lluvia—. ¿Dos tormentas? ¿Dos barcos?

XLIII

7 de febrero.

CIELO

TE tenía olvidado,
cielo, y no eras
más que un vago existir de luz,
visto —sin nombre—
por mis cansados ojos indolentes.
Y aparecías, entre las palabras
perezosas y desesperanzadas del viajero,
como en breves lagunas repetidas
de un paisaje de agua visto en sueños...

Hoy te he mirado lentamente,
y te has ido elevando hasta tu nombre.

XLIV

7 de febrero.

¡NO!

EL mar dice un momento
que sí, pasando yo.
Y al punto,

que no, cien veces, mil
veces, hasta el más lúgubre infinito.

No, ¡no!, ¡¡no!!, ¡¡¡no!!!, cada vez más
fuerte, con la noche...
Se van uniendo
las negaciones suyas, como olas,
—¡no, no, no, no, no, no, no, no, no, no!—
y, pasado, todo él, allá hacia el este,
es un inmenso, negro, duro y frío
¡no!

XLV

7 de febrero.

HASTÍO

UN ejército gris de ciegas horas
nos cerca
—cual olas, como nubes,—
en la tristeza que nos traen ellas.

¿En dónde hemos entrado?
¿Qué nos quiere esta reina?
No sé por qué nos lloran,
no sé a dónde nos llevan.

—...Y siempre son las mismas
y de manera idéntica—.

Su desnudez es tanta,
que ya no es. Semejan
a la desesperanza muerta en tedio,
que nada da y nada espera.

¡Ni las matamos, ni nos matan!
...Y crecen sin cesar, yo no sé a qué,
sin nada que mirar y ciegas...

XLVI

7 de febrero.

¡QUÉ peso aquí en el corazón inquieto
—peso de mar o tierra—,
de arriba y de debajo!

¿Qué corazón, en el que esté yo vivo,
estarán enterrando o ahogando?

¡Qué peso aquí en el corazón inmenso
como el cielo y el mar;
qué angustia, qué agonía;
oh, qué peso hondo y alto!

XLVII

8 de febrero.

FIESTA NATURAL

A LUIS BELLO

DESPUÉS de estos días de lluvia —agua total, amarga y dulce, como el amor, en solución de continuidad—, este día de brisa libre, sol seco sobre la ola y mar de bajo azul, parece un domingo de tierra, un domingo de isla, mejor dicho, sin gente y sin identificación.

Es el día como el alma ignorada y sin nombre —borrado ni entrevisto— de un domingo de antes del domingo; como si hoy hubiésemos descubierto —por estos parajes desconocidos en su mudanza inquieta—, inventado, nombrado el domingo.

Sin embargo, el calendario de la sala, cromo aburrido entre la biblioteca —Pereda, Balaguer, Valera, en pasta con anclas— y el piano —Delibes, Arbós, Puccini, con firma de mulata—, dice, tras el humo lento y solitario que un fumar que se fué con su hastío a otro sitio, dejó en el rayo de sol que enciende la alfombra verde: MARTES.

¡Retórica académica y trasatlántica! La semana hecha me parece hoy una quintilla. Baile aprendido, escalera de farolero para el cielo del crepúsculo segundo. ¡Al agua el calendario, el periódico radiotelegráfico y el cura! ¡Yo y lo natural! ¡Domingo, capitán, domingo!

—¡Bueno!...

XLVIII

8 de febrero.

ARGAMASILLA DEL MAR

Sí. La Mancha, de agua.
Desierto de ficciones líquidas.
Sí. La Mancha, aburrida, tonta.

—Mudo, tras Sancho triste,
negros sobre el poniente rojo, en el que aún llueve,
Don Quijote se va, con el sol último,
a su aldea, despacio, hambriento,
por las eras de ocaso—.

¡Oh mar, azogue sin cristal;
mar, espejo picado de la nada!

XLIX

9 de febrero.

¡ESTELA verde y blanca,
memoria de la mar!

L

10 de febrero.

MAR llano. Cielo liso.
—No parece un día...
—¡Ni falta que hace!

LI

10 de febrero.

¿NO ves el mar? Parece, anocheciendo,
—acuarela de lluvia,
con —agua dulce— suaves verdes, amarillos,
[rosas—,
un tierno, un vago pensamiento mío
sobre el mar...

LII

10 de febrero.

NIÑO EN EL MAR

EL mar que ruge, iluminado un punto
en su loco desorden,
por el verde relámpago violento,
me trastorna.

El niño que habla, dulce
y tranquilo, a mi lado,
en la luz de la lámpara suave
que, en el silencio temeroso
del barco, es como una isla;
el niño que pregunta y que sonríe,
arrebatadas sus mejillas frescas,
todo cariño y paz sus ojos negros,
me serena.

¡Oh corazón pequeño y puro,
mayor que el mar, más fuerte
en tu leve latir que el mar sin fondo,
de hierro, frío, sombra y grito!

¡Oh mar, mar verdadero;
por ti es por donde voy —¡gracias, alma!—
al amor!

LIII

11 de febrero.

FIN DE TORMENTA
(EN EL PUENTE)

AUN, entre el mar y el cielo,
por la aurora,
se arrolla la tormenta, lejos, baja,
como una serpiente
que se va...

El barco se alza y se apresura,
bajo el cielo más alto
que vivas rosas ornan
con la luz y el color de adonde vamos
a llegar, firmemente...

Sueño despierto y dulce...

LIV

11 de febrero.

LLEGADA IDEAL

A JOAQUÍN SOROLLA

... DE pronto, se abre la tarde, abanico de oro, como una gran ilusión real. ¡Qué bienestar nos entra, qué dulzura! Parece que lo estuviera viendo Turner con nosotros... Gaviotas que no hemos sentido venir, que, sin duda, estaban ya, vuelan arriba, en el gallardete de los palos, ¡qué lejos del cielo y qué altas de nosotros! El cielo se alza, se va, desaparece, no tiene ya nombre, no es ya cielo sino gloria, gloria tranquila, de ópalo solamente, sin llegar al amarillo. Se riza el mar en una forma nueva, y parece que, al tiempo que, más flúido, se levanta el cielo, él se baja, se baja, más líquido. En la onda vienen maderos, barricas. Dejamos atrás unas barquitas pescadoras... ¿Llegamos?

El sol poniente tiñe de rosa, con un nostálgico rayo caído, la borda de babor. ¡Qué alegre el rojo, encendido con el rosa, de los salvavidas; qué dulce el blanco, encendido con el rosa, de

la borda; el negro de esa negra, el aceituna de ese japonés; cuán bellos todos los ojos, todos los cabellos, todas las bocas con sol poniente. ¡Qué hermanos todos —negros, blancos y amarillos—, en la alegría! Escucho, con gusto, la charla melancólica de este señor que toma opio. Le respondo a este comisionista a quien no he hablado en todo el viaje. Resisto el humo del puro del fraile... Las imaginaciones se ponen en los rostros, encendidas. Se canta, se corre, no se quiere bajar para comer, se saca el rostro contra el fresco tibio que viene de la tierra nueva. —A estribor, bajo en la sombra, pasean, con nuestra esperanza, los que no cantan, los que no sueñan, los que no aman.—

El momento parece una canción levantada de un sueño, y nosotros sus héroes. Sí, somos la verdad, la belleza, la estrofa eterna que perdura, cogida con la rima, en el centro más bello y entrevisto de una poesía eterna que conocemos siempre, y que siempre estamos esperando, nueva, conocer —¿el segundo cuarteto de un puro soneto marino?— ¿Dónde estamos? ¿De qué tiempo somos? ¿De qué novela hemos salido? ¿Somos una estampa? ¿Llegamos?

... Pero la estampa cae y se apaga. ¡Nunca

una tarde se ha apagado tanto! El cielo baja de nuevo y el mar sube, y nos dejan tan pequeños como el día. Otra vez la angustia por horario, la niebla, la nariz fría, el poco trecho, el *menos*. Los que nos hablamos hace un instante, nos despegamos los silencios. Me paseo sólo a babor enlonado y chorreante. Volvemos a no llegar nunca, a empujar las horas con la imaginación, navegando a un tiempo, en dos barcos, a maldecir del mar igual, aburrido, soso, el eterno mármol negro veteado de blanco, ¡sí, mármol!, a un lado y otro del barco pesadote, del oso este maloliente... El papel se me cae... Ya no sé escribir...

L V

11 de febrero,
en un palo del barco, a navaja.

LA rosa has hecho
esparto.
Tendrás amor
amargo.

LVI

11 de febrero.

¡SÍ!

DELANTE, en el ocaso, el sí infinito
al que nunca se llega.
—¡Síííí!
Y la luz,
incolora,
se agudiza, llamándome...

No era del mar... Llegados
a las bocas de luz que lo decían
con largor infinito,
vibra, otra vez, inmensamente débil
—¡síííí!—,
en un lejos que el alma sabe alto
y quiere creer lejos, solo lejos...

III

AMÉRICA DEL ESTE

HAY en esta parte de mi DIARIO, impresiones que no tienen fecha. ¿Supe yo, acaso, ¡tantas veces!, qué día era? ¿No hay días sin día, horas de deshora?

Espero que, como en las pinturas sinceras, esas notas se coloquen por sí mismas en su hora y en su día.

LVII

Birkendene, Caldwell,
20 de febrero.

TE deshojé, como una rosa,
para verte tu alma,
y no la vi.
Mas todo en torno
—horizontes de tierras y de mares—,
todo, hasta el infinito,
se colmó de una esencia
inmensa y viva.

LVIII

Garden City,
26 de febrero.

OCASO DE ENTRETIEMPO

ERES, dulce
paisaje,
igual que una mujer

que va a acostarse, un poco
cansada, por la tarde.

Se le ha salido el alma hacia la noche
y es forma de su cuerpo —niebla suave—,
y, alejada, en los oros interiores
de su mente, la demostrada carne,
se le ven los colores, por el sueño,
fuertes aún en la pálida ternura
en que está ya, de su sencillo desnudarse.

Rosa fresco, puro celeste, malva
amable,
lo mismo
que tu ocaso, paisaje.

LIX

New York,
29 de febrero.

GOLFO

LA nube —blanco cúmulo— recoge
el sol que no se ve, blanca.

Abajo, en sombra, acariciando
el pie desnudo de las rocas,

el mar, remanso añil.
Y yo.

Es el fin visto,
y es la nada de antes.
Estoy en todo, y nada es todavía
sino el puerto del sueño.

La nube —blanco cúmulo— recoge
el sol que no se ve, rosa.

A donde quiera
que llegue, desde aquí, será a aquí mismo.

Estoy ya en el centro
en donde lo que viene y lo que va
unen desilusiones
de llegada y partida.

La nube —blanco cúmulo— recoge
el sol que no se ve, roja...

LX

SKY

COMO tu nombre es otro,
cielo, y su sentimiento
no es mío aún, aún no eres cielo.

Sin cielo, ¡oh cielo! estoy,
pues estoy aprendiendo
tu nombre, todavía...

¡Sin cielo, amor!
—¿Sin cielo?

LXI

New York,
1 de marzo.

†

RUBÉN DARÍO
8 DE FEBRERO DE 1916

Peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

R. D.

I

NO hay que decirlo más. Todos lo saben
sin decirlo más ya.
¡Silencio!
—Es un crepúsculo
de ruinas, deshabitado, frío
(que parece inventado
por él, mientras temblaba),
con una negra puerta
de par en par.

Sí. Se le ha entrado
a América su ruiseñor errante
en el corazón plácido. ¡Silencio!
Sí. Se le ha entrado

a América en el pecho
su propio corazón. Ahora lo tiene,
parado en firme, para siempre,
en el definitivo
cariño de la muerte.

II

Lo que él, frenético, cantara,
está, cual todo el cielo,
en todas partes. Todo lo hizo
fronda bella su lira. Por doquiera
que entraba, verdecía
la maravilla eterna
de todas las edades.

III

La muerte, con su manto
inmenso, abierto todo
para tanta armonía reentrada,
nos lo quitó.

Está ¡rey siempre!,
dentro, honrando el sepulcro,
coronado de toda la memoria.

IV

¡Ahora sí, musas tristes,
que va a cantar la muerte!
¡Ahora sí que va a ser la primavera
humana en su divina flor! ¡Ahora
sí que sé dónde muere el ruiseñor!

¡No hay que decirlo más!
¡Silencio al mirto!

LXII

Boston,
12 de marzo.

PHYSICAL CULTURE

¡AL campo nevado con la joven primavera! ¡Qué gusto llevarla en el taxi, desnuda, a sus *sports*, con este frío! ¡Así está de dura y viva! Todo lo contagia, pasando callada, de su alegría. Lo morado de su carne se le trueca, con el sol, en rosas. Sus risas son el esquema de las flores y el trazado de los pájaros. Sí. Aun cuando por los caminos nevados que rajamos, las enredaderas están colgadas de hielo y son gala yerta

de las casas blancas y amarillas de madera, adornan el corazón sano con su frío al sol, mejor —¡oh cultura física!— que si fuesen verdes y de flores.

LXIII

Boston,
11 de marzo.

TODO el día atravesado mi pecho por esta sola luz, puñal de la primavera —luz que era una sombra portadora de la vida—. Sí. La sombra fugaz del pájaro de esta mañana por los colores calientes —color y sol— de la vidriera de la iglesia de Phillips Brooks, se ha trocado en vuelo de oro —como se trueca en sombra el sol que se mira mucho— por la sombra de mi alma.

LXIV

Boston,
4 de marzo.

BEBIMOS, en la sombra,
nuestros llantos
confundidos...

Yo no supe cuál era
el tuyo.
¿Supiste tú cuál era el mío?

LXV

Boston, Hotel Somerset,
14 de marzo, tarde, después de un día cansado.

TÚNEL CIUDADANO

BLANCO y negro, pero sin contraste. Blanco sucio y negro sucio, con la hermandad de lo astroso. Arriba, el abundante, el interminable intestino retorcido del humo de los trenes sin tregua, que, a cada momento, todo lo quita y lo pone, en su rodeo que hace caer mil veces la tarde, con su barroquismo semiceleste, asesino que mata la luz cada vez que pasa un tren. Abajo, la nieve en todo, dejando fuera piedras y casas negras. Negros los árboles secos; negro el retrato de los cielos en los redondeles líquidos que va teniendo la riachuela al deshelarse; negros los puentes, la boca del túnel, los rígidos trenes que, antes de entrar en él, ya están dentro, como si alguno los borrase después de haberlos pinta-

do al carbón. El humo y la nieve lo ennegrecen todo por igual, uno a fuerza de luto, otro a fuerza de nitidez. Nada da la sensación de que en parte alguna —dentro, encima, al borde— haya vidas con pensamientos y sentimientos de colores, con sentidos corporales. ¿Quién ha visto aquí? ¿Quién ha oído? ¿Quién ha olido, gustado ni tocado? Todo es confuso, difuso, monótono, seco, frío y sucio a un tiempo, negro y blanco, es decir, negro, sin hora ni contagio. Algo que está, pero que no se tiene ni se desea, que se sabe que no se ha anhelado nunca y que nunca se recordará sino en el indiferente e involuntario descuido del sueño difícil.

LXVI

Boston,
16 de marzo.

BERCEUSE

NO; dormida,
no te beso.

Tú me has dado tu alma
con tus ojos abiertos

—¡oh jardín estrellado!—
a tu cuerpo.

No, dormida no eres
tú... No, no, ¡no te beso!

—... Infiel te fuera a ti si te besara
a ti...
No, no,
no te beso...—

LXVII

Boston,
17 de marzo.

FILILÍ

ABRIÉNDOSE sobre la nieve, la tarde, como una inmensa media naranja, lo gotea todo, fresca y rica, de desheladas gotas amarillas, trasparentes y almibaradas, que no manchan nada, sino que lo purifican todo, como las yemas frescas el vino. La pobre riachuela, hija de Carlos, como me voy esta tarde misma, quiere mostrarme su cuerpo de cristal —no visto por ningún arquitecto de la rima aérea, ¡buen Aldrich!—, que no ha querido sacar ¡perezosa! de

la cama de la nieve en estas dos semanas blancas; y por llamarme la atención, tiende el cabello al viento, que se lo riza leve, y copia en sus ojos grandes los árboles, cuya negrez enfunda en oro leve el sol, hasta donde puede, y va y viene, nadando, por su breve redondela deshelada.

Pero yo tengo prisa, y cae la noche. Y su gracia de un instante —¡oh Boston, con quien he yacido sin verte más que la blancura de tus sábanas!— se queda allí abajo, como la flor en su botón más tierno, haciendo no sé qué, que ya no veo yo, en la sombra.

LXVIII

Estación de Boston,
entre baules, sol leve y basura negra (en la cartela de mi maleta).

¡QUÉ trabajo me cuesta
llegar, contigo, a mí por el camino
en que, loca, te tiras!

¡Te tengo que salvar, a cada instante,
por no pisarte el alma mía,
como por una pedregosa
cuesta arriba!

LXIX

17 de marzo, por la tarde.

DE BOSTON A NEW YORK

A MISS GRACE NICHOLS

... ¿SEVILLA? ¿Triana? ¡Ah... no!

... ROJAS hojas secas ruedan leves y raudas —hacia Boston, que da una vuelta y se pierde—, con el viento helado, sobre la nieve inmensa y dura. Una va herida de sol. ¡Adiós, hojitas! ¡Adiós, hojitas! ¡Adiós!

EL sol poniente, claro y frío, alumbra, entre los negros plátanos —tronco de hierro y hoja de cobre— de un valle súbito y solitario, una única casa colonial, cerrada y amarilla.

FINOS álamos blancos, en hilera infinita. Parecen, saliendo de la nieve, arbolillos de plata helada, hechos por Dios, por encima de todo, como el copo —*With His hammer of wind,* —*And His graver of frost*— de Francis Thompson.

Un cementerio nuevo. Lo rodea un vasto anuncio de ligas para caballeros, con jóvenes en pijama que, una rodilla en tierra, se ponen la liga. En el cielo verde, de nadie ni nada mirado, cielo que no parece cielo del suelo, sobre la nuca de uno de los jóvenes, Atlante en flor, la luna blanca.

Todo blanco. —El sol muere.— Blancos difíciles, impintables ¡oh Claude Monet! Blancos de todos colores.

Último rayo del sol. La nieve rosa. Los plátanos, cargados de hojas secas, se cargan, con el estío momentáneo, agudo y de otra parte, del sol que muere, de frutos.

Desierto de arena rosa. Sombras extrañas. ¿Emily Dickinson?

El cielo sin sol parece el suelo; el suelo sin sol parece el cielo. Ópalo y celeste fríos que, en un juego visual, se truecan, a gusto del que mira.

Vallado nevado junto al tren. ¡Pues aún había sol! Montes —rosas— ¡muy lejos! es decir, al lado, en miniatura.

Después de un bosque oscuro y hondo, un poco falso, como los poetas de New England —Longfellow, Lowell, Bryant, Aldrich—, el despejado cielo verde. Sin árboles. Desierto de nieve malva. La luna blanca, encendida por fuera, sin corneja. Pintura solo. Casi una poesía de Amy Lowell: *¡Who shall declare the joy of the running!...*

El humo del tren le pone un anubarrado cielo gris a un pedazo de nieve cercana. Una matilla seca parece el árbol solo de un yermo inmenso. ¡Qué pequeños somos! ¡Qué pequeños somos!

Bajos nubarrones malvas le colocan copas primaverales a los árboles secos de la nieve, que bajan, que bajan, como con *skis,* por una pendiente... En el fondo hondo y agudo de otro valle solo, una cinta de torrente deshelado recoge en su fría espada de luz toda la infinita mentira del ocaso, que ahora aparece entre los árboles últimos. La luz fría se hace invisible a fuerza de exaltarse. El bosque negro se hace invisible a fuerza de esconderse.

Calvas piedras negras en la nieve blanca. Calvos islotes de nieve blanca en la deshelada agua negra.

Comiendo. Luz amarilla dentro y negros de blanco. Fuera, apretándose uno al cristal yerto, pálidos recuerdos de un día que hubiésemos leído. Entre la confusión de colores, luces y reflejos de dentro y de fuera, del cristal, estrellas, como las moscas, unas veces fuera, en el techo del vagón, sobre el cielo, otras dentro, en el cielo, sobre el techo del vagón.

Atisbos, tras el cristal mojado, de agua deshelada, en ondas largas. Sordas y dulces luces granas, azules, verdes, con un largo reflejo límpido y movible. A veces, luna en la loma de la onda. Sensación de mar cercano e invisible. Olor abierto, inmenso, hasta los últimos límites del alma. Nostalgia y frío fresco solo. Me despierto otra vez... ¿Cádiz?... ¡New London!...

¿Huelva?... ¿Me había dormido? Pero... ¿Las once? ¡Ya! ¡New York otra vez! Duro despertar frío y fuerte. De pie... En el cristal, las gotas,

arriba, buscan un surco, lo encuentran y ¡abajo! Otra, otra... ¡New York, maravillosa New York! ¡Presencia tuya, olvido de todo!

LXX

New York,
17 de marzo.

SUEÑO EN EL TREN
... NO, EN EL LECHO

LA noche era un largo y firme muelle negro. El mar era el sueño y llevaba a la vida eterna.

Desde las costas que dejábamos —inmensas y onduladas praderas con luna—, la gente toda del mundo, vestida de blanco y soñolienta, nos despedía con un rumor inmenso y entrecortado. Sí, sí. ¡Hurrah al caballo vencedor! Y se agitaban —New London— los pañuelos blancos, los sombreros de paja, las sombrillas verdes, moradas, canelas...

Yo iba de pie en la proa —¡Desde esta tribuna se ve divinamente!— que ascendía, aguda, hasta las estrellas y bajaba, honda, hasta el fondo de la sombra —¡buen caballo negro!—, abrazado estrechamente a... ¿a quién? No... A nadie...

Pero... era alguien que me esperaba en la estación y me abrazaba riendo, riendo, riendo, mujer primavera...

LXXI

New York,
19 de marzo.

FELICIDAD

¿SUBTERRÁNEO? ¿Taxi? ¿Elevado? ¿Tranvía? ¿Ómnibus? ¿Carretela? ¿Golondrina? ¿Aeroplano? ¿Vapor?... No. Esta tarde hemos pasado New York ¡por nada! en rosa nube lenta.

LXXII

ESPINA

ES cuesta abajo y va,
al lado del arroyo,
a la rosa divina.

Tú haces que el corazón
la tenga que vencer, como si fuera
cuesta arriba.

¡Cuánto golpe de sangre aquí en las sienes,
cuánta sal de las lágrimas bebidas,
cuántas estrellas en los ojos ciegos,
para coger... ¡del polvo!
el beso
de cada día!

LXXIII

LA MUERTE

SIETE taxis en fila, de prisa, pero con la prisa que les dejen, entre la nieve y la niebla. No paran ómnibus, taxis de vivos, ni tranvías. La gradación es racional, aunque triste, a ratos, al corazón: el fuego, la mujer joven, el hombre joven, el niño, la niña, el hombre viejo, la mujer vieja, la muerte.

LXXIV

New York,
23 de marzo, en lo alto de Woolworth.

NEW SKY

A JOSÉ ORTEGA Y GASSET

¡OH qué cielo más nuevo —¡qué alegría!—,
más sin nombres...
Parece —y palmoteo y salto—
que la gloria del cielo —ataviada
de una manera antigua y recargada,
amontonada
barrocamente—,
está allá lejos, por el este
—cuya nubarronada de poesía,
baja, tiene la tarde todavía
en oros rosas de agonía—,
está, allá lejos, sobre Europa
que acerca la emoción al horizonte,
igual que una edad media
del cielo —¡qué alegría!— sin historia
—y salto y palmoteo—,
sin historias.

LXXV

New York,
25 de marzo.

SÍ. Estás conmigo ¡ay!
¡Ay, sí! Y el peso de tu alma y de tu carne
sobre mi carne,
no me deja correr tras de tu imagen
—¡aquellos prados de rosales
granas, por donde huías antes,
de donde a mí viniste, suave!—;
aquella imagen tuya, inolvidable,
aquella imagen tuya, inexplicable,
aquella imagen tuya, perdurable
como la mancha de la sangre...

LXXVI

New York,
26 de marzo.

ORILLAS DEL SUEÑO

CADA noche, antes de dormirme, pueblo de aspectos deleitosos, tomados de la mejor realidad, las orillas del río de mi imaginación, para que su encauzado sueño las refleje, las complique

y se las lleve al infinito, como un agua corriente. Sí, ¡qué anhelo de no derramar en la aurora torvas aguas luctuosas de pesadillas de la ciudad comercial, de la octava avenida, del barrio chino, del elevado o del subterráneo; de aclarar, como a un viento puro de otras partes, su carmín humoso y seco, con la brillante trasparencia de un corazón puro, libre y fuerte! ¡Qué ganas de sonreir en sueños, de ir, alegremente, por estos trozos negros de camino oscuro de la noche, que van alternando con los de luz, del día, a la muerte —ensayos breves de ella—; de tener blanca, azul y rosa la vida que no está bajo la luz y el poder de la conciencia; de no ir por el subsuelo de la noche en tren una vez más, ni tan aprisa, sino en veneros de diamante, ¡y lentamente!

LXXVII

TUS imágenes fueron
—tus imágenes bellas, gala fácil
de aquellos verdes campos—,
¡tus imágenes fueron ¡ay! las que hicieron,
sin mí, locas, lo malo!

Tú, la tú de verdad,
eres la que está aquí —pobre, desnuda,
buena, mía—, a mi lado.

LXXVIII

New York,
26 de marzo.

LA CASA COLONIAL

A AUNT BESSIE

BLANCA y amarilla como una margarita, de humilde madera y toda cerrada, ¡con qué paz recoge la vieja casa, en sus antiguas ventanas de empolvados y grandes cristales malvas, la suave puesta verde y rosa del sol primaveral, que enriquece un momento de luz y de colores su oscuro interior vacío con la imagen de la ribera!

Se ha quedado sola en Riverside Drive, pequeña y sola, como un viejecito limpio entre las enormes casas pretenciosas y feas en que la han encerrado. Parece una camisilla que se le ha quedado chica a la ciudad. Nadie la quiere. En su puerta dice: *To let.* Y el viento alegre viene a jugar de vez en cuando con el cartel para que no se aburra...

Pero de su soledad sepulcral emana tal fuerza

de vida que, en una superposición de líneas y colores, el campo suyo antiguo despinta, aleja y borra, en fin, las terribles moles de hierro y piedra que la ahogan; y hace en torno suyo una dulce, lejana y solitaria colina, verde por una más anticipada primavera agreste, echada blandamente a su lado, como un perro fiel, frente al río.

LXXIX

New York,
27 de marzo.

TODO dispuesto ya, en su punto,
para la eternidad.

—¡Qué bien! ¡Cuán bello!
¡Guirnalda cotidiana de mi vida,
reverdecida siempre por el método!
¡Qué trabajo tan fácil y tan dulce
para un estado eterno!

... ¡Qué trabajo tan largo —dices tú—
para sólo un momento!

LXXX

New York,
28 de marzo.

IGLESIAS

EN la baraúnda de las calles enormes, las iglesias, teatrales, livianas, acechan echadas —la puerta abierta de par en par y encendidos los ojos—, como pequeños y mansos monstruos medioevales caricaturizados mal por un arquitecto catalanista. El raudo mirar sorprende, desde el tumulto, vagos colores de entrañas tristes. «*Hablamos de Cristo crucificado.*» «*Entra a descansar un punto, olvidado del bullicio mundanal*» —como dicen los Jesuítas—. «*Te abro esta puerta para que entres en la paz...*» Así rezan, con cristales de colores encendidos de noche, cual los demás anuncios, largos letreros en las frentes de sus complicadas arquitecturas, de colores, sectas y pretensiones diferentes. Pero no es posible entrar. ¿Cómo, siendo mayores que un juguete, entrar en él? Y son juguetes, las iglesias, de un gran escaparate.

LXXXI

New York, en mi ventana a la calle 11,
27 de marzo, madrugada, con luna amarilla.

HUMO Y ORO

†

ENRIQUE Y AMPARO GRANADOS

¡TANTO mar con luna amarilla
entre los dos, España! —y tanto mar,
con sol del alba...— [mañana,

... Parten,
entre la madrugada, barcos vagos,
cuyas sirenas tristes, cual desnudas,
oigo, despierto, despedirse
—la luna solitaria
se muere, rota ¡oh Poe! sobre Broadway—,
oigo despierto, con la frente
en los cristales yertos; oigo
despedirse una vez y otra, entre el sueño
—a la aurora no queda más que un hueco
de fría luz en donde hoy estaba

la negra mole ardiente—,
entre el sueño de tantos como duermen
en su definitiva vida viva
y al lado
de su definitiva vida muerta...

¡Qué lejos, oh qué lejos
de ti y de mí y de todo, en esto
—los olivares de la madrugada—,
al oir la palabra alerta —¡muerte!—
dentro de la armonía de mi alma
—mar inmenso de duelo o de alegría—,
a la luz amarilla
de esta luna poniente y sola, España!

LXXXII

New York,
28 de marzo.

CEMENTERIO

SE ha quedado esta pequeña aldea de muertos, olvido que se recordara, al amor de unos árboles que fueron grandes en su niñez agreste, pequeños, hoy que son viejos, entre los terribles rascacielos. La noche deja, ahora,

paralelos los vivos que duermen, un poco más alto, con los muertos que duermen, un poco más bajo, hace un poco más de tiempo y para un poco más de tiempo. ¡Paralelos hacia un infinito cercano en el que no se encontrarán!

Quita el viento y pone, cegándome de un agudo blandor, la nieve —que se irisa en sus altos remolinos, a la luz de las farolas blancas—, de las tumbas. Las horas agudizan la sombra, y lo que descansó en la luz del día, está despierto, y mira, escucha y ve. Así, los sueños de estos muertos se oyen, como si ellos soñaran alto, y su soñar de tantos años, más vivo que el soñar de los muertos de una noche, es la vida más alta y más honda de la ciudad desierta.

LXXXIII

New York,
29 de marzo.

EL PRUSIANITO

—ES prusianito.

—¿Por cuánto lo ha comprado usted? (Los hay de diez, de doce y de quince dólares.)

En los redondos hombros desnudos de la madre nueva, que parece una vaca rosa con su

choto, el niño, con el sol de la vida en los ojos que han tenido, sin verlo, el sol de la muerte —el verdadero, no el de Balzac—, me mira agudamente y me tiende los brazos blancos como la leche. Aunque no puedo evitar que me parezca un soldadito de juguete, me lo traigo desde el trasplantado jardín de su inocencia a mi corazón. Se sonríe, se ríe, se le hacen hoyuelos en las mejillas y le brillan los dientes. Como un ángel sin patria baja, se viene de golpe, en un abrazo brusco, a España y me saluda en su inglés con camisa aún de alemán.

Por la ventanilla de la madre pobre y romántica, en donde unos tulipanes, aun con su amarillo del día, se casan con libros de poetas que ya tienen, dentro, el oro suave de la lámpara, el sol, en una rica parodia de ideales, muere sobre los tejados de New York, camino, por Asia, de Europa. Abajo, muy abajo, como en el fondo de un gran pozo de nieve, los anuncios de luces de colores hablan de la guerra. Yo me despido del niño rosado y completo, y le beso las manos, recordando la noticia de la prensa de ayer, según la cual, tres niños belgas, comprados por señoras de Boston, les habían llegado con las manos cortadas...

LXXXIV

¡QUÉ dulce esta tierna trama!
Tu cuerpo con mi alma, amor,
y mi cuerpo con tu alma.

LXXXV

SILENCIO

HASTA hoy la palabra
«silencio»,
no cerró, cual con su tapa
el sepulcro de sombra
del callar.
¡Hasta hoy,
cuando en balde esperé
que tú me respondieras,
habladora!

LXXXVI

New York,
2 de abril.

EN Sudway. La sufragista, de una fealdad alardeada, con su postre mustio por sombrero, se levanta hacia un ancianito rojo que entra, y le ofrece, con dignidad imperativa, su sitio. Él se resiste, mirando con humildad celeste a la nieve entre dos sombreros de señoras negras. Ella le coge por el brazo. Él se indigna, en una actitud de quita golpes. Ella lo sienta, sin hablar, de una vez. Él se queda hablando sin voz, agitando furioso las manos altas, con una chispa de sangre última en sus claros y débiles ojos azules.

LXXXVII

EN LA SORTIJA
DE HIERRO Y CORAL ROSA
DE MISS R——R

COMO la brisa, eres
del que te huele;
vivirás tantas veces
como la muerte.

LXXXVIII

New York,
4 de abril.

PESADILLA DE OLORES

¡NO! ¡No era el mar!... Pero ¡qué angustia! ¡Agua, flores, flores, aire —¿de dónde?—, Colonia! ¡Qué sueño envenenado y difícil! ¡Qué ahogo imposible y sin fin!

... Unas veces es olor a gallinero —¡oh angustiosa comida de nido del Barrio chino!—; otras, a literatura judía —¡oh actriz suicida!—; otras, a grasa de todas las lentitudes... Es como si en un trust de malos olores, todos estos pobres que aquí viven —chinos, irlandeses, judíos, negros—, juntasen en su sueño miserable sus pesadillas de hambre, harapo y desprecio, y ese sueño tomara vida y fuera verdugo de esta ciudad mejor. Sí, es seguro que en la noche de New York, un gran envenenador —el sueño extraviado de los miserables —¡aquella cola del pan, en la lluvia de la una de la noche!— tiene comprado el sueño ¿buscador? de la policía. ¡Y ya pueden sonar, ligeros de ropa, los timbres de alarma de la desvelada primavera!

LXXXIX

New York,
5 de abril.

LA NEGRA Y LA ROSA

A PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

LA negra va dormida, con una rosa blanca en la mano. —*La rosa y el sueño apartan, en una superposición mágica, todo el triste atavío de la muchacha: las medias rosas caladas, la blusa verde y trasparente, el sombrero de paja de oro con amapolas moradas.*— Indefensa con el sueño, se sonríe, la rosa blanca en la mano negra.

¡Cómo la lleva! Parece que va soñando con llevarla bien. Inconsciente, la cuida —con la seguridad de una sonámbula— y es su delicadeza como si esta mañana la hubiera dado ella a luz, como si ella se sintiera, en sueños, madre del alma de una rosa blanca. —*A veces, se le rinde sobre el pecho, o sobre un hombro, la pobre cabeza de humo rizado, que irisa el sol cual si fuese de oro, pero la mano en que tiene la rosa mantiene su honor, abanderada de la primavera.*—

Una realidad invisible anda por todo el subterráneo, cuyo estrepitoso negror rechinante,

sucio y cálido, apenas se siente. Todos han dejado sus periódicos, sus gomas y sus gritos; están absortos, como en una pesadilla de cansancio y de tristeza, en esta rosa blanca que la negra exalta y que es como la conciencia del subterráneo. Y la rosa emana, en el silencio atento, una delicada esencia y eleva como una bella presencia inmaterial que se va adueñando de todo, hasta que el hierro, el carbón, los periódicos, todo, huele un punto a rosa blanca, a primavera mejor, a eternidad...

XC

EPITAFIO IDEAL
DE UNA MUJER MUERTA
EN UNA NOVELA

ESTÁS aquí. Fué sólo
que tu alma subió a lo más insigne.
Fué sólo—estás aquí—
el abrirse de un breve día triste.

XCI

New York,
9 de abril.

¡FUEGO!

A MR. J. G. UNDERHILL

PERO ¿es, mi querido amigo, que han hecho ustedes New York expresamente para salvarla del fuego?

... Está enjaulada la ciudad en las escaleras de incendio, como un mueble viajero que fuese facturado en gran velocidad de aquí, al antro plutónico. A los tres días, la obsesión es un incendio total de la imaginación del que renaciera nuestra idea a cada paso, igual que el Ave Fénix de la copla andaluza. El fuego es lo único que hace, por la ley, parar estas calles que andan. Su campaneo constante, ahoga, ahoga, ahoga el cantar —esquilas y músicas— de la vida y de la muerte, como en un tercer estado que fuese el único y el decisivo. ¡Fuego!

La primavera asalta las escaleras de hierro, sin pensar que la pisarán todos los días huyendo en cueros, y que los cristales rotos a hachazos herirán, cada noche, su carne tierna. ¡Que me quiten

de mi balcón la escalera mohosa y de mi pasillo la lanza roja, el hacha plateada y la cuerda! ¡Y que apaguen la sorda luz grana con su *Fire Escape!* Yo quiero tener en mi casa la primavera, sin posibilidad de salida. ¡Prefiero quemarme vivo, os lo aseguro!

XCII

CUANDO, dormida tú, me echo en tu alma,
y escucho, con mi oído
en tu pecho desnudo,
tu corazón tranquilo, me parece
que, en su latir hondo, sorprendo
el secreto del centro
del mundo.
Me parece
que legiones de ángeles,
en caballos celestes
—como cuando, en la alta
noche escuchamos, sin aliento
y el oído en la tierra,
trotes distantes que no llegan nunca—,
que legiones de ángeles
vienen por ti, de lejos

—como los Reyes Magos
al nacimiento eterno
de nuestro amor—,
vienen por ti, de lejos,
a traerme, en tu ensueño,
el secreto del centro
del cielo.

XCIII

PRIMER DÍA DE PRIMAVERA

EN un remolino de viento fresco, color nuevo, olor reciente, canción tierna. El mundo que se hace mundito, para empezar de nuevo a inflarse. Nada más.

XCIV

New York,
10 de abril.

CEMENTERIO EN BROADWAY

A HANNAH CROOKE

ESTÁ tapiado este breve camposanto abierto de la ciudad comercial, por las cuatro rápidas y constantes concurrencias del elevado, el tran-

vía, el taxi y el subterráneo, que jamás le faltan a su silencio obstinado y pequeño. Un sin fin de rayos de fugaces cristales correspondidos, que anuncian con letras de oro y negro todos los *and C.º* de New York, hieren, en la movible alquimia del sol último, recogido interminable y variadamente en sus coincidencias, las espaldas y los hombros de las tumbas viejas, cuya piedra renegrida y polvorienta se tiñe aquí y allá, de color de corazón.

¡Pobre pozo de muertos, con tu iglesita de juguete, cuyas campanas sueñan al lado de las oficinas que sitian tu paz, entre los timbres, las bocinas, los silbatos y los martillos de remache! ... Mas lo puro, por pequeño que sea y por guerreado que esté, es infinito; y sólo la escasa yerba agriverde que los muertos de otro tiempo brotan, y una única florecita roja que el sol, cayéndose, exalta sobre una losa, colman de poesía esta hora terrible de las cinco, y hacen del cementerio un único hermano gemelo del ocaso inmenso, trasparente y silencioso, de cuya hermosura sin fin queda la ciudad viva desterrada.

XCV

¡QUÉ débil el latido
de tu corazón leve
y qué hondo y qué fuerte su secreto!
¡Qué breve el cuerpo delicado
que lo envuelve de rosas,
y qué lejos, desde cualquiera parte tuya
—y qué no hecho—
el centro de tu alma!

XCVI

New Jersey,
12 de abril.

ABRIL, dulce,
me lleva
a todo, en esta sola hoja
de yerba...

—¡Qué bien se está, contigo,
en todas partes, ¡nueva,
aislada, solitaria
primavera!

... Es el viento redondo
de la tierra completa
este brote de brisa
que mueve, apenas, la pradera...

XCVII

A NANCY

LAS flores, allá dentro de lo verde, empiezan a sentir volar en torno suyo, fuera, y piensan: ¿A dónde irán las alas?

Y empiezan a sentir cantar gorjeos niños a su alrededor, y piensan, dentro de lo verde: ¿A dónde irán las cánticas?

¡Y se abren! Y... ¿A dónde van las alas? Y... ¿A dónde van las cánticas? Y... ¿A dónde, a dónde, a dónde sus fragancias?

XCVIII

New York,
14 de abril.

¡QUÉ angustia! ¡Siempre abajo! Me parece que estoy en un gran ascensor descompuesto, que no puede —¡que no podrá!— subir al cielo.

XCIX

CREPÚSCULO

MUERE el día, sacándose a los ojos,
sangriento, el corazón...
—¡Silencio!
El suave y verde prado,
el río barnizado,
el negro árbol, mojado (del invierno,
aún, y ya con hojas);
el pájaro callado...—

... Y, al irse, sus palabras más sinceras
habla. Sí; ¡cuánto más día es ahora

que va a morirse! No parece
que estemos en él, sino
que está delante de nosotros,
vivo como uno de nosotros
cuando se va a morir.

—¡Silencio!

Las mujeres, los poetas, en la orilla aun fría,
despiden al sol rojo, en muda orgía,
mas ellos, como el día,
más vivos, como el día.—

C

New York. Calle 10 y 5.ª Avenida,
esperando el ómnibus.

PRIMAVERA

EL largo viento de abajo, en donde aún es invierno, invierno de barro, de negros y de cajas de basura, se divierte con las pobrecitas magnolias niñas, levantándoles las faldas, como a unas mujeres de la calle sucia. Y en el tronco fuerte e inmóvil, las hojitas blancas y rosas, llenas de viento, aletean vivamente, pajaritos que aún no pueden volar, como si quisieran subir, subir, subir de estas casas sin fin, a la

brisa pura en que se están bañando ya las estrellas de la tarde...

—¡Ay! (No sé qué es lo que se queja... ni dónde...)— ¡Ay!

CI

DOMINGO DE RAMOS

¿DOMINGO?
...Este domingo
no es mío. Nada sé
de esto que llaman aquí gloria.
¡Rosa de fuego
sin calor, de colores sin luz ni trasparencia,
contra un cielo vacío, en la mañana
sin paraíso!
... Están jugando
con su calidoscopio contra el sol
triste...
¿Domingo? Las campanas
no dicen nada, el sol está
traducido en un oro débil. Dios
no entiende.
En este cielo,

¿quién me conocería?
¿Domingo, amor?
—¡Domingo!

CII

New York,
18 de abril.

TORMENTA

NO se ve y se ven momentáneas luces blancas. Nervioso, espero un trueno que no oigo. Y quiero apartar con las manos el enorme ruido de taxis, de trenes, de tranvías, de máquinas de remache, y abrirle paso al silencio para que me anegue en su golfo de paz, en cuyo cielo sienta yo sonar y pasar la tormenta.

No sé si el trueno está o no está. Es como cuando en la sombra imborrable de una noche apartada de campo, creemos que hay alguien a nuestro lado y lo sentimos encima sin verlo. Qué infinidad de taxitos, de trenecitos, de tranvitas, de casitas en construcción, por la breve inmensidad de mi cabeza! Hasta hoy, que no oigo, en la tormenta, el trueno, no he oído qué ruido era este de New York... Llueve. No se ve. Y se ven momentáneas luces blancas.

CIII

ABRIL

EL oro, apenas,
de la hora,
posa su gracia en los arbustos,
igual que un niño aún, y sin rendirlos,
pero ya en él toda la gloria
de oro y de esmeralda, de su vida.

Y mira, alegre, al cielo y a la tierra,
adolescente, apasionadamente.

CIV

New York,
18 de abril.

SALISTE, entonces, de tu muerte seca y yerta,
como la chispa ardiente de la piedra yerta,
como el olor sin fin de la corteza seca,
como el chorrear puro de la charca muerta

CV

New York,
19 de abril.

TARJETA EN LA PRIMAVERA DE UN AMIGO BIBLIÓFILO

¿BRENTANO'S? ¿Scribner's? ¡Horror! No muchos *tantos libros*. Muchos —¿dónde?— *un libro*.

CVI

¿SENCILLO?
Las palabras
verdaderas;
lo justo para que ella, sonriendo
entre sus rosas puras de hoy,
lo comprenda.

Con un azul, un blanco, un verde
—justos—,
se hace—¿no ves?—la primavera.

CVII

¿PRIMAVERA?

SÍ. Ponte de puntillas. ¿No ves el mundo, como si fuera un sol naciente, tras el arbusto verde, blanco y carmín de la aurora?

CVIII

New York,
20 de abril.

¿...?

VIVE entre el corazón
y la puesta de sol o las estrellas.
—En el silencio inmenso
que deja el breve canto
de un pájaro; en la inmensa
sombra que deja el oro último
de una hojita encendida
por la yerba.—

Vive dentro
de un algo grande que está fuera

y es portador secreto a lo infinito
de las llorosas pérdidas
que huyen, al sol y por el sueño,
igual que almas en pena,
en una desesperación que no se oye,
de fuera a dentro a fuera.

Alguien pregunta, sin saberlo,
con su carne asomada a la ventana
primaveral: ¿Qué era?

CIX

New York,
21 de abril.

EL ÁRBOL TRANQUILO

A MR. PLIMPTON

DESDE que está aquí la primavera, todas las noches venimos a ver este árbol viejo, bello y solitario. Vive en la primera casa de la Quinta Avenida, muy cerca de la que fué de Mark Twain, en este sitio grato en que la iluminación disminuye y el gentío, y se sale, como a un remanso, a la noche azul y fresca de Washington Square, en la que, como en su fuente, se bañan, puras, las estrellas, apenas perturbadas por algún

que otro anuncio triste y lejano —GERMANIAN— que no deslumbra la noche, barco remoto en la noche del mar.

Abril ha besado al árbol en cada una de sus ramas y el beso se ha encendido en cada punta como un erecto brote dulce de oro. Parece el árbol así brotado un candelabro de tranquilas luces de aceite, como las que alumbran las recónditas capillas de las catedrales, que velaran la belleza de este regazo de la ciudad, sencillo y noble como una madre.

Pasan junto a él y junto a mí, que estoy apoyado en su tronco, los ómnibus, lleno el techo de amantes que van, de Washington Square a Riverside Drive, a darse besos junto al río, un poco cerca de sus carnes. El árbol no se entera, y entre él —yo— y este sucederse de agrios colores, olores y rumores, se agranda la distancia como si fuera solo todos sus inviernos de cerrado sueño, indiferente al voluble amor y sólo atento a lo que no se cambia. Y mis ojos, enredándose por sus ramas, son flor suya, y con él ven la noche alta, solo yo como él, que ha encendido, igual que mi corazón su sangre, su aceite puro, a la eterna realidad invisible de la única y más alta —y siempre existente— primavera.

CX

DESVELO

AMOR, no me acompañas; me amedrenta
el cercano secreto
de tu sueño encendido y dilatado
a mi lado, en la sombra.

Sí; a veces veo luz de espadas en el cielo
de tu soñar,
como en una tormenta de desvelo, y me oigo
gritar en él, desde mi susto,
mientras tú te sonríes, preparando
mi muerte en lo lejano de tu sueño.
Sí, sí; me coges en el círculo
de tu soñar, y no lo sé...

Y aunque te tengo y eres toda mía,
con tu soñar en ti, y pudiera
matar, amor, tu sueño en ti, lo mismo
que a un veneno en su flor, le tengo miedo
a tu sueño, ¡amor, sí, te tengo miedo!

CXI

New York,
23 abril.

LA LUNA

A ALFONSO REYES

BROADWAY. La tarde. Anuncios mareantes de colorines sobre el cielo. Constelaciones nuevas: El Cerdo, que baila, verde todo, saludando con su sombrerito de paja, a derecha e izquierda. La Botella, que despide, en muda detonación, su corcho colorado, contra un sol con boca y ojos. La Pantorrilla eléctrica, que baila sola y loca, como el rabo separado de una salamanquesa. El Escocés, que enseña y esconde su whisky con reflejos blancos. La Fuente, de aguas malvas y naranjas, por cuyo chorro pasan, como en una culebra, prominencias y valles ondulantes de sol y luto, eslabones de oro y hierro (que trenza un chorro de luz y otro de sombra...). El Libro, que ilumina y apaga las imbecilidades sucesivas de su dueño. El Navío, que, a cada instante, al encenderse, parte cabeceando, hacia su misma cárcel, para encallar al instante en la sombra... Y...

—¡La luna! —¿A ver? —Ahí, mírala, entre esas dos casas altas, sobre el río, sobre la octava, baja, roja, ¿no la ves...? —Deja, ¿a ver? No... ¿Es la luna, o es un anuncio de la luna?

CXII

New York,
24 de abril.

PRIMAVERA
EN LA ADUANA

EN flor, un arbusto mece su sombra esmeralda sobre el prado verde limón, al suave viento de la una, un poco solitaria por fuera. Un pajarillo que ya ha vuelto de su lunch en la posada de Fraunces, juega y canta, de la flor a la sombra, de la sombra a la flor.

CXIII

IDILIO

¡CON qué sonrisa, en el paisaje rosa,
la madre joven hace, con su mano,
más larga la manita tierna

del niño, que la alza,
en vano, a las cerezas!

Un pajarillo, cerca, canta,
y el sol, bajo el rosal, trenza, vibrando,
sus rayos de oro con la yerba fina;
y el agua brota, blandamente,
perfumada de rosas encendidas
y de rosas en sombra.

¡Amor y vida
se funden, como el cielo con la tierra,
en un esplendor suave
que es, un instante, eterno!

CXIV

New York,
26 de abril.

GARCILASO EN NEW YORK

A MR. A. HUNTINGTON

¿CUANDO vino de España aquella carabela que trajo, con esta pequeña joya de libro, seco y manchado hoy, la carga infinita de belleza? Aquí, bajo este árbol preñado de verdura, Garcilaso —que ¿desde cuándo? estaba

sentado esperándome — está conmigo, es decir, en mí, mirando con mis propios ojos, en el cielo aún, la primavera nueva, que parece luz levantada con el cristal de su libro, o dilatada imagen de su mirar que vió a abril en Toledo. Sí. En ningún libro, en cuadro alguno, en ninguna insinuación de aquí hay una frescura, un verdor, una suavidad, un rumor, una trasparencia más igual a la de esta primavera que en estos once versos de Garcilaso, que yo digo en voz alta...

—... Leyéndolos yo, cada verso, doncella o doncel desnudos, con toda la hermosura tierna de abril, ha dejado, corriendo al mar por cada calle, verdes, inesperadas y alegres las once avenidas de New York...

—¡Sí! ¡Yo he sido! ¡Yo he sido! ¡Yo he sido! Pero los policías sonríen...

CXV

New York, Hotel Vanderbilt,
27 de abril.

OASIS

¡QUÉ ruido sin voces!
¡qué sol sin astro!
¡ay, qué alegría triste!
¡qué desierto tan lleno y tan sin sombra!

... Y el árbol sólo de mi alma crece
raudo, y con sus ramajes ideales
lo va guardando todo;
y su silencio húmedo
tiende sobre el desierto seco
y lleno todo,
un campo, nido eterno
de soledad, de paz y de dulzura.

CXVI

¡VIVA LA PRIMAVERA!

NEW York, el marimacho de las uñas sucias, despierta. Cual de la luz las estrellas lúcidas, en el anochecer del cielo, van surgiendo, uno a uno, de la sombra, negros, los buques que la guardan, en cerco férreo, anclados en el Hudson turbio. El día va poniéndose en su sitio y recobra su teléfono en su oficina de Broadway.

En un anhelo, doblado por la aurora, de ser pura, viene la primavera, nadando por el cielo y por el agua, a la ciudad. Toda la noche ha estado, desvelada, embelleciéndose, bañándose en la luna llena. Un punto, sus rosas, aún tibias solo, doblan la hermosura de la aurora, en lucha con el trust «Humo, sombra, barro, and C.°», que la recibe con su práctico. Pero ¡ay! se cae al agua, casi vencida. Ejércitos de oro vienen en el sol en su ayuda. La sacan desnuda y chorreante, y le hacen la respiración artificial en la estatua de La Libertad. ¡La pobre! ¡Qué encanto el suyo, tímida aún y ya vencedora!

El oro leve de las nueve le basta ya para ser reina. Sí. Los brotes sucios de los árboles de los muelles se sonríen, con una gracia rubia; cantan cosas de oro los gorriones, negros aún del recuerdo de la nieve, en las escaleras de incendio; los cementerios de las orillas estallan con leves ascuas el hollín, una banda rosa de oriente encanta los anuncios de las torres; repican, confundidas, las campanas de fuego, las campanas de todas las iglesias...

¡Vedla! Ya está aquí, desnuda y fuerte, en Washington Square, bajo el arco, dispuesta a desfilar, por la Quinta, hasta el parque. Sus piernas desnudas inician, sin marchar todavía, el paso marcial. Inclina la cabeza. ¡Ya!

—¡Viva la Primavera! ¡Viva la Primaveraaa! ¡Viva la Primaveraaaaa!

New York,
27 de abril.

CXVII

CANCIÓN

¡YO sólo vivo dentro
de la primavera!
¿Los que la veis por fuera

qué sabéis de su centro?
—Si salís a su encuentro,
mi sueño no se altera...—
¡Yo sólo vivo dentro
de la primavera!

CXVIII

New York,
27 de abril.

ALTA NOCHE

NEW York solitario ¡sin un cuerpo! ... Y voy despacio, Quinta avenida abajo, cantando alto. De vez en cuando, me paro a contemplar los enormes y complicados cierres de los bancos, los escaparates en transformación, las banderolas ondeantes en la noche... Y este eco, que, como dentro de un aljibe inmenso, ha venido en mi oído inconciente, no sé desde qué calle, se acerca, se endurece, se ancha. Son unos pasos claudicantes y arrastrados como por el cielo, que llegan siempre y no acaban de llegar. Me paro una vez más y miro arriba y abajo. Nada. La luna ojerosa de primavera mojada, el eco y yo.

De pronto, no sé si cerca o lejos, como

aquel carabinero solitario por las playas de Castilla, aquella tarde de vendaval, un punto, un niño, un animal, un enano... ¿qué? Y avanza. ¡Ya!... Casi no pasa junto a mí. Entonces vuelvo la cara y me encuentro con la mirada suya, brillante, negra, roja y amarilla, mayor que el rostro, todo y solo él. Y un negro viejo, cojo, de paletó mustio y sombrero de copa mate, me saluda ceremonioso y sonriente, y sigue, Quinta avenida arriba... Me recorre un breve escalofrío, y, las manos en los bolsillos, sigo, con la luna amarilla en la cara, semicantando.

El eco del negro cojo, rey de la ciudad, va dando la vuelta a la noche por el cielo, ahora hacia el poniente...

CXIX

SERENATA ESPIRITUAL

AHORA, que estás dormida,
puedo, solo, adorarte,
sin serme, con tu parte,
mi fé correspondida.

¡Qué bien, dar uno, entero
su afán, sin recompensa!
¡Esta es la vida inmensa,
el amor verdadero!

... Duerme, que yo, extasiado,
te adoro; que yo sigo,
pensándolo, contigo,
tu sueño remontado
hasta los altos fines
de esos cielos abiertos
a los que son, despiertos,
dignos de sus jardines.

¡Qué bien, ver la hermosura
que copia lo infinito
en el blancor bendito
de esta tu ausencia pura;
seguir atentamente
esa desentendida
realidad, que es la vida,
más alta de tu frente!

Cual si muerta estuvieras,
en tu latente calma
te adoro, con mi alma
entre dos primaveras...

Duerme, que así me abismo
en tu amor sordo, ciego,
mudo para mi ruego,
cual si fueras Dios mismo...

CXX

New York,
28 de abril.

SÍ. Aprenden de nuestro sueño a ver la vida.
Basta.

CXXI

New York,
29 de abril.

AMOR

NO, no, nosotros dos no somos
nosotros dos, que estamos
aquí, viendo ponerse el sol granate
entre el verdor dorado
en que cantan, en ramo, sobre el río
los inconstantes pájaros.
No, no somos nosotros.
Nosotros dos —¡oh encanto
del parque sin nosotros, con nosotros!—,
nosotros somos esos dos románticos

que no son aûn nosotros, que no están aûn con
mismos, esos dos, que, soñando [ellos
en ser ellos, en no ser ellos, dulces,
se pierden lentamente, en solo un beso,
por el sendero —vago
ya en la hora en que cierran,
solo obedientes al ocaso—,
por el sendero
solitario
en donde canta a la arboleda verde
ya, libre del pisar del día,
un obstinado pájaro.

CXXII

New York,
29 de abril.

PROLONGACIÓN DE PAISAJE

¡QUÉ bienestar material! Parece que la sangre del cuerpo es el agua aquella que reflejaba el crepúsculo, que es él mismo el paraje que ha sentido el alma, con sus árboles, con su agua, con sus pájaros. Es el cuerpo como una carne gloriosa que está esperando, en su centro, la resurrección de su alma muerta en el reino de la realidad, es decir, de la fantasía. O que el

cuerpo es el paisaje de tierra y el alma es el cielo crepuscular...

La ciudad nocturna intenta despertarnos al entrar en ella por la Quinta iluminada toda violentamente, como la aurora de los gallos de un cielo dulce. Pero es un duermevela en el que vence siempre el sueño de la carne, es decir, la verdad.

CXXIII

New York,
30 de abril.

DE pronto, cayendo ya el sol sobre la dulce calle once, en sombra la roja casa vieja de esos señores que ahora van camino de España, un organillo empieza a llorar bajo mi ventana. Es un carrito verde que arrastra y toca una bruja de Goya, negra, cana, con grandes guantes de pelo gris.

La señorita desnuda que, enfrente, escribe a máquina desde el alba, no se inmuta ni para su aguacero de metal. Sin embargo, el organillo llora igual que un hombre. Sí, parece que destila lágrimas difíciles de no sé qué barniz multicolor y cristalino que embriaga mal como un vinote

de taberna... Pero hace llorar limpio y eleva, no sé a qué, el corazón, solo...

Innumerables cirros rosas pintan por el cielo como una escalera blanda que lleva a los ideales, ¡al sur! —El organillo, al sentir yo así, grita y se desentona, cual si sus notas fuesen latidos de un corazonazo descompuesto.—

CXXIV

1 de mayo.

DÍA DE PRIMAVERA EN NEW JERSEY

A YOYÓ

I.—LA MAÑANA

... LOS troncos, secos aún, tan secos que parecen apolillados, han abierto orejas de arriba abajo, en sarta viva, por toda su madera, para oirla venir, como viene, cantando débilmente por los valles velados.

II.—MARIPOSA MALVA

YA la nieve ha dejado al sol las hojas secas del otoño pasado, que conservaba iguales e intactas bajo su frío blanco y llenan todo el suelo.

Los árboles, aún sin brotes y sin flores, tienen, sobre el azul con viento, volubles copas de nubes blancas. Una mariposilla malva pasa entre los troncos crujientes y se va, antes casi de que podamos verla.

—¡Mira!

Cuando tú miras, ya se ha ido, dejando una inmensa desolación del tamaño de la esperanza de un minuto, que llenó todo el campo, en todo el valle solitario, que manda al olor seco con sol del bosque alto un olorcillo con sol, fresco y nuevo.

III.—MEDIODÍA

Por el ambiente yerran, como viento, colorines que aún no están posados en ninguna parte. Aquel bosque parece ahora vagamente verde, luego, lleno de flor roja, o violeta...

La hora, de oro claro, se va llevando al ocaso, en su seno, visiones de armonía y de hermosura que no se sabe qué son, ni cómo, ni por qué. Se salta, se ríe, se habla mucho, se canta... se suspira... ¡Ya viene, por la tarde también!

IV.—INSISTENCIA

Lejos, entre el fresco viento tembloroso, hay ilusiones de color nuevo, como manchas verdes, moradas, azules, que las sombras de las nubes quitan y ponen. Todo el paisaje está cual esfumado dulcemente por una eterna mano femenina. Estamos en dos tonos. No hay aún tricromía. Es como si abril acercase a nuestra alma la primavera lejana a través de su telescopio de alegres cristales.

V.—INSISTENCIA

Aquí, a mi lado, en la infinita soledad de cerca, canta un rondaflor en una rama amarilla; la deja luego, y la rama se queda meciéndose. Allá, en la infinita soledad lejana, se adivinan, entre la niebla, vagas manchas verdes, tiernas, albinas, de campos grandes que tienen el gran sol débil de un cielo que insiste en despejarse.

VI.—LA TARDE

El claro oro de luz de las cinco se dilata inmensamente, hasta romperlo, en su marco de colores nuevos, como si fuera el alma ansiosa de

la tarde que quisiera ser todo el mundo, mostrarse en toda su hermosura, desbaratar la naturaleza que la contiene para crear otra naturaleza más divina. Se enciende, se enciende... Todavía no puede... Y, poco a poco, apagándose otra vez en maravillosa retirada de color con luz, se va al ocaso suspirando inmensamente por una verdad que aún parece mentira.

Mañana, ya con un poco más de fuerza, dirá: ¡Mañana!

VII.—SOMBRAS VERDES

Sobre la yerba verdeoro, en que la luz decae y se enfría, verde que no ha igualado la guadaña, oro que el sol complica, nuestras sombras de amor se alargan, en pura esmeralda, hasta un naciente malva, rosa y gris de ramajes y nubes confundidos, que parece la retirada del invierno.

VIII.—LA NIÑA

La niña se ha quedado sola, sentada en el troncón, jugando con las culebrillas de tierra que saca de debajo de las piedras. No habla. Sólo sonríe.

Le sonríe y le tiende las manos, echando la

cabeza atrás, abiertos los ojos al cielo que tiene a la espalda, en un deseo descuidado y tornadizo, al sol poniente que, como un caramelo grana, se pierde poco a poco tras la niebla de un alto horizonte de nube.

IX.—EN EL TREN, DE VUELTA

Morado y verde todo, vagamente. La primavera, toda la primavera ante la que vamos pasando, gran fresco de un Puvis de Chavannes con más jugo, se recoge y se hunde en su propia alma como una flor de esas que se cierran de noche, una gran flor poco vista... Soñolencia... Cada vez que se abren los ojos, el paisaje real tiene el valor mismo que el del recuerdo, pintado en la ausencia momentánea del sueño. Nunca vi más armonía entre la ilusión y la verdad, amor, que entre tú y mi sueño, que entre mi sueño y este anochecer verde y morado de primavera.

CXXV

EPITAFIO
DE UNA REINA DE CORAZONES
MUERTA EN UNA MÚSICA, PUES QUE ES IDA PARA MÍ

EJEMPLO de mi vida es esta rosa
que de mi muerte, vida eterna, brota:
lleva en su mano, dulce, la corona.

CXXVI

MARIPOSA MALVA

—¡AHÍ va!
—¡La primavera nueva!

Corren todos un punto, mudos, ciegos,
locos, sin saber qué era,
solo porque gritaron:
¡Ahí va la primavera nueva!

Y todos vuelven tristes,
caminando hacia atras, sonriendo al frente,

con los brazos tendidos
y las manos abiertas.

—¡Qué lástima!
—¡Sí era!
Corren todos
de aquí á allá, ciegos, mudos,
locos, entre los secos árboles,
sobre las viejas hojas secas,
solo porque gritaron:
¡Sí era!

Cruje todo el invierno, exhala
olores de madera seca y tierra
abierta.
—¡Ay, ay, ay, ay!
Todos miran
al cielo, abriendo inmensa-
mente los ojos, olvidados
de la tarde.

Y caen, al fin, mustios,
como una yerba muerta
quemada de ansia. Al lado de su sueño,
la mariposa malva se ha quedado quieta.

CXXVII

PUERTO

A MISS HAGUE

LAS seis del agua. El silencio, como un enorme color único, parece inmenso y se siente con los ojos, pero en los oídos siguen, en insistente confusión, las sirenas, los remaches de aire comprimido, las bocinas, como sonando en un cuadro.

¡Ah! La primavera, que aquí también se gana la vida —hija única al fin— como «decoradora de exteriores», se retira en su golondrina, de blanco y Panamá, á su casa de Long Island, a descansar hasta mañana.

CXXVIII

Montclair,
2 de mayo.

CEMENTERIO ALEGRE

ESTÁ, como el de Spoon River, en la colina que pisa ya levemente la primavera, al otro lado, el más bello siempre, del río. Sus árboles

tiemblan ya todos verdes, pero todos trasparentes aún, y se les ven los pájaros y las ardillas.

Es como la plaza del pueblo, lo despejado, lo claro, lo junto al cielo, a donde se viene, la mañana de asueto, a ver los lejanos horizontes azules. Sus tumbas se derraman, como unas ruinas bellas, como una luna hecha pedazos, por lo verde, o buscan, entre las casas, la sombra de las ventanas con flor. Los niños se paran tranquilos entre ellas, hablándoles a sus juguetes, absortos en una hormiga, mirando sus globitos rojos, morados, amarillos...

Dan ganas de alquilar una tumba ¡sin criados! para pasar aquí la primavera.

CXXIX

TARDE DE PRIMAVERA EN WASHINGTON SQUARE

LA copa del árbol frondoso que cobija este banco en el que, cara al cielo, me abandono, no es de hojas sino de pájaros. Es el canto tupido el que da sombra —una sombra oscura de tarde nublada ya muy tarde, sombra, sombra,

sombra, casi hasta ser nada—, gratitud y frescura, el que pinta, enlaza y se menea con la leve brisa que, a ratos, quiere levantarse, como otra música, de la paz plomiza de mayo.

Es como estar al lado de un manantial de melodía fresca, no se qué alta fuente de fortaleza, salud y alegría. No importa el sabor de la tarde, amarga igual que una raíz. Como el niño pobre es feliz con solo un juguete, los pájaros bastan a ahuyentar la hiel e ilimitar la plaza breve limitada arriba —el alma— por nubarrones cercanos y bajos que de vez en cuando, como un perrazo a un pollito, nos dan una manotada desconocida y fría.

... Aquí y allá, mudos y extrañados eslabones de mi misma deslabonada cadena, unos pajarillos rojos, de esos que, según dice la prensa, se han escapado estos días del jardín zoológico y que no hablan la lengua de los otros, esperan, como yo, sin movimiento, no sé qué verdad, primavera, o, amor, qué mentira...

CXXX

New York,
3 de mayo.

«ME SIENTO AZUL»

¡QUÉ gusto poderlo decir sin que á nadie le extrañe, aunque le fastidie! Azul, sí... Antes de saber que el rubio y seco inglés lo decía de este modo, ya yo, que como el que lo dice y el que no lo dice, me había sentido azul muchas veces —no tantas quizá como supone Fitzmaurice-Kelly que, en su lamentable *The Oxford Book of Spanish Verse*, me ha bautizado en azul de cromo y a su gusto cuatro poesías—, lo había dicho y escrito: *Dios está azul*... Porque no se trata de decir cosas chocantes, como puede creer cualquier poeta del Ateneo de Madrid o del Club de Autores de New York, sino de decir la verdad sencillamente, la mayor verdad y del modo más claro posible y más directo. Sí. ¡Qué gusto! «Me siento azul». «¡Qué azul estás!» «Tengo los azules en el cuerpo»...

Pero no para matarlos, como quiere ese anuncio del tranvía, en que un cazador —periódico

de chistes— mata, rojo en fondo amarillo, a dos «azules» atados, en forma de demonios, a un árbol seco.

No, no hay que matar la pasión de ánimo, mala o buena que sea. Hay que dejarla libre, hasta que ella quiera ¡que ya querrá!, como yo me dejo hoy, azul, estar y nombrarme azul en esta New York verde, con agua y flores de mayo.

CXXXI

NOCTURNO

A ANTONIO MACHADO

...ES la celeste geometría
de un astrónomo viejo
sobre la ciudad alta —torres
negras, finas, pequeñas, fin de aquéllo...—

Como si, de un mirador último,
lo estuviera mirando
el astrólogo.

Signos
exactos —fuegos y colores—

con su secreto bajo y desprendido
en diáfana atmósfera
de azul y honda trasparencia.

¡Qué brillos, qué amenazas,
qué fijezas, qué augurios,
en la inminencia cierta
de la extraña verdad! ¡Anatomía
del cielo, con la ciencia
de la función en sí y para nosotros!

—Un grito agudo, inmenso y solo,
como una estrella errante—.
... ¡Cuán lejanos
ya de aquellos nosotros,
de aquella primavera de ayer tarde
—en Washington Square, tranquila y dulce—,
de aquellos sueños y de aquel amor!

CXXXII

New York,
7 de mayo.

¿EL cielo? Un incoloro color más, para hacer, en franjas iguales, una bandera —enseña de lo mortal— con la cortina azul a un

tercio de ventana y, a dos tercios, la cortina amarilla.

El cuervo dice: Nada más.

CXXXIII

MARINA DE ALCOBA

ESTAMPA ANTICUADA

LA ilusión, gaviota,
se posa aquí y allá.
No la vemos, llegando,
donde cerró el volar.
La isla estaba desierta,
sin luz primaveral
mayo, el amor volvía
los ojos hacia atrás...
Vida: ¡mar!

—Se mueve, alegre, el lecho
como un barco. La mar
tiembla, toda amarilla
de sol —en el cristal
que, entre las rosas, coge
su irse—, con el afán
de ser surcada. Ardiendo,

dicen las olas: ¡Más!
Vida: ¡mar!—

De pie en el alma mía,
nunca se pararán
mis ojos en la vida
firme. En inmenso par,
latirán el mar único
y mi corazón. ¡Más!
dicen las olas; dice
¡Más! ¡¡Más!! mi voluntad.
Vida: ¡mar!

CXXXIV

8 de mayo.

NOCHE EN HUNTINGTON

A MRS. ARTHUR W. PAGE

I.—TORMENTA

... SE oye hablar al niño, y es como si la palabra infantil que traspasa las maderas, fuese del tamaño de la casa —esta casita de estanciero, vieja, baja, de pequeñas ventanas, con su jardincillo humilde—, que se siente blanca y recogida, como una gata blanca, en

la noche fresca de tormenta. Y las palabras del niño a la madre le preguntan, tranquilas, al cielo.

Fuera, los sapos cercan la casa, en charcas que no sé, con su unánime flautido de agua, agudo y dulce, que no parece de seres feos, sino de lirios del aire, que sube todo, o baja, o se desvía, según el ventarrón. Dentro, el reloj, se oye, por el hueco de la escalerita blanca, abajo, donde antes hemos leído y tocado el piano viejo. —¡Qué paz habrá en las cosas solas, libros, flores, rescoldos!—

El trueno cerrado, tras la madera débil, que casi no está entre él y nosotros. Otro. —El aguacero completo—. Otro. Y se derrama en el espanto, como un aceite tenue, calma de la tempestad, la voz inocente del niño, que le habla a la madre y al cielo.

II.—LA TORMENTA PASA

¿Qué hora es?... Como en una isla de luz verde, en cuya gran claridad lucen zigzagueos más claros aún, por la ventanita, se ven, un momento, en el huertecillo de la casa, que da su poquito de realidad dulce y pacífica a la madru

gada, los cerezos en flor y las gallinas dormidas... El fondo aparece, a saltos, un punto, aquí y allá, siempre donde no se esperaba, en su susto acercado en diversos cercas, con todas sus cosas representadas tétricamente...

III.—ALBA

Despierto, por centésima vez, entre los indios de mi pesadilla, los del relato de anoche, que parece que acaban de salir de mi cuarto...

Entra por las ventanas abiertas un fresco crudo, vivo, con un olor a flores mojadas que barre la pesadilla. ¡Qué sofocación! ¡Qué fiebre! Por esta parte, el cielo está de agua, pero el sol debe verse en su aurora porque los verdes de la colina están con él...

... Otra vez despierto con los indios. Pero, ¿me había dormido? El perrillo negro de anoche debe estar jugando con las gallinas. Pían los pollitos amarillos de ayer, y los pajarillos del nido del árbol al que nos llegamos ya anochecido...

Y entro y salgo en mi sueño de la madrugada, casa, como ésta, de dos puertas —¿el sueño o la casa?— ¡Qué amanecer tan largo y tan igual a sí mismo! ¡Siempre el mismo tras mi

sueño! ¿Es que amanece? ¿Es que lo que yo creo amanecer es la entrada de la primavera en Huntington?

CXXXV

New York,
10 de mayo.

ELEGÍA

I.—EN LA MAÑANITA

UN fino pajarillo canta débilmente en la ventana. Desde el lecho de los dos, aún encortinado, su voz dice que hace sol afuera. Es su trino de sonetillos frescos, como un mayo breve, dentro del cual está ya toda la que no estaba aún ayer en la primavera grande: la rosa, la brisa, la nubecilla blanca, el arroyo deshelado... ¿el amor? ¡El amor! ¿Dónde está el amor?

II.—POR LA TARDE

HA vuelto el pajarillo a mi ventana, en la que pienso, ahora, solo con la tarde; el cantorcillo se hincha, se dilata, se hace junto a mí como otra New York ideal de ilimitadas márgenes de oro, la New York verdadera que viene bien a mi co-

razón. El amor ¿no se fué ya? Ahora el horizonte último, con la música sencilla, está aquí ¡solo! y el horizonte lejano está vacío. ¿Y el amor? ¡Aquí está el amor, ay!

CXXXVI

AQUÍ está ya, lo mismo
que entonces, viva,
fresca y de oro,
como si ella fuese Ella,
¡más Ella todavía,
pues se parece a su recuerdo inmenso!

Primavera, ¿a qué pones
nuevo campo a su fuga?
¿Por qué haces que torne
a huir de mí, otra vez,
por tus valles en flor,
más bella aún en la memoria?

CXXXVII

11 de mayo.

¡QUÉ distancia, aquí, de la vida a la muerte y, por lo mismo, qué proximidad, es decir, qué conformidad!

CXXXVIII

New York,
12 de mayo.

TARDE DE PRIMAVERA EN LA QUINTA AVENIDA

A MADELEINE BOGERT

I.—PAZ

LOS gorriones, que no se ven en el hierro de los peldaños, chillan en las escaleras de incendio, que no se ven de gorriones. Chillan, casi cantan con la belleza del sol rosa que se va, y hacen las escaleras hórridas de hierro escaleras de plata, de alegría, de cristal —un poco basto, como de botella, pero cristal al fin—. Paz ruidosa...

II.—¡FUEGO!

... No. No es aquí. ¡Podéis seguir cantando, gorriones! ¡Talán! ¡Talán! Las bombas, largas, doradas y rojas, con sus hombres de juguete o de teatro, pasan, campeadoras, entre las magnolias en flor de la casa de Mark Twain y de la de Brevoort...

III.—VIENTO

... Y a través de los banderones rojos, blancos y azules, listados y estrellados, que hincha el gran viento de la Quinta llevándosela al ocaso con ellos, velamento polícromo, se ven, vagos, los enormes edificios, llenos de oros y cristales, cobrizo todo del poniente tras la tela. Está claro el cielo y, volviéndose uno, mira, sobre el arco de Washington, las torres del Woolworth, blanca y oro, y del Singer, roja y gris, distintas ¡y hasta puras!

IV.—ANUNCIOS

... Multiformes, multicolores y multiveloces, se van encendiendo sobre el cielo malva, en el que alguna estrella prende la luz del día, los anuncios. ¡Qué bonitos están hoy, como dados a luz por la primavera con las flores!

CXXXIX

New York,
13 de mayo.

Noche fabricadora de embelecos,
loca, imaginativa, quimerista...

LOPE DE VEGA.

HEMOS estado en ello
y se nos ha quedado
para siempre en la sombra. Cosa nuestra
fué, más nosotros lo ignoramos,
y nadie nunca nos dirá qué era
porque fué sólo nuestro.
Estamos hoy,
como nacidos hoy —como si fuera
ello el vientre cerrado
que nos dió a luz, donde estuvimos
no sabemos por qué, ni cómo, ni qué tiempo,
ni cuándo...—

Y ahora, ¡a vivir de nuevo! Sigue
la primavera engalanando-
se. El pájaro, la flor, tranquilamente,
cantan y aroman en el sol suave
el jardinillo solitario
de la calle de hierro, piedra y ruido.

... Mas, ¿cómo podrá ser hoy el vivir,
desde un nido de sombra,
como creímos ayer tarde,
entre la primavera verde, claro?

CXL

De New York a Philadelphia,
19 de mayo.

CEMENTERIOS

OTRA vez, sí. ¡Y ciento! El mayor atractivo, para mí, de América, es el encanto de sus cementerios sentidos, sin vallas, cercanos, verdadera ciudad poética de cada ciudad, que atan con su paz amena y cantada de pájaros, en medio de la vida, más que los jardines públicos, que los puertos, que los museos... Una niña va entre las tumbas —violetas y azules bajo lo verde—, de su casa a otra, tranquila, deteniéndose abstraída a sonar su muñeca o a seguir con los ojos una mariposa. En los cristales colgados de yedras de las casas próximas, se copian las cruces, a la fresca paz cobijada por la espesura que hermana, en una misma sombra, casa y tumba. Los pajarillos de ahora vuelan de la cruz a la ven-

tana, tan tranquilos entre los vivos como la niña en la colina, entre los muertos.

¡Cómo vence aquí la belleza a la muerte, ejemplo tranquilo y grato en medio de tantos malos ejemplos de prisa y malestar! ¡Oh rosa bien olida, oh agua bien bebida, oh sueño bien soñado! ¡Qué bien deben descansar los muertos en vosotras, colinas familiares de New York, claros, en la vida diaria, de vida eterna!

CXLI

De New York a Philadelphia,
entre la primavera verde de los dos lados de la vía,
20 de mayo.

DEJARSE mandar en lo difícil es, o puede ser, signo de energía. Obedecer en lo nimio y fácil es cobardía, humillación, servilismo.

CXLII

Washington,
20 de mayo.

NOCTURNO

A KATHERINE SARGENT

LUCES verdes, blancas, carmines, moradas, que se parten, se complican y se adornan en el Potomac, poblando de colorines su limpia sombra trasparente, señalan y nombran la fijeza y el sueño de las cosas recogidas ya, hasta mañana. La ciudad mejor, sosegada y feliz, se retira a su alma, y en su arrabal, vecino al campo, un pedazo de luna grande y grana, como mal partida por las manos de un criado negro, sube difícilmente, ganando en oro. Se adivinan vagos yates blancos en un agua que arañan los sauces trenzando con el oleaje horizontal de ella un oleaje vertical, azul éste, verde aquel. Según pasamos, un árbol murmura tras otro, con el viento suave dentro de sus copas que mayo refresca de un verdor unánime. La noche no tiene una sola nube y es de un solo e inmenso olor crudo, áspero y fino. Un pájaro, que no sé qué es, canta insistentemente en un bosque de bajos arbustos húmedos...

Ni el reflector que ilumina la punta del obelisco, ni los letreros de luces de colores de los hoteles, ni los puentes que trenes constantes dibujan con ruido, perturban el romanticismo clásico que emana de la noche pura. La juventud la goza en automóviles brillantes y alegres, por los caminos asfaltados que acompañan en sus caprichos al río, con jacintos y lirios que si los reflectores despiertan un punto, dan a la noche su amarillo, su rojo o su violeta. Una brisa total, de todos los tiempos, pasa el corazón, fría y grata como una crema, igual que si en la noche honda de primavera rebosara de las estrellas, que fulgen cuajadas, como postres helados de la cena.

CXLIII

Washington,
21 de mayo.

RECTIFICACIÓN CON EL SOL

NO hay nada de lo dicho anoche. ¡Qué desayuno! Era la ignorancia, doble noche, ¡como siempre!

CXLIV

20 de mayo,
por la pradera del obelisco de Washington,
con sol poniente.

NOTA A MISS RÁPIDA

SI corres, el tiempo volará ante ti, como una mariposilla de marzo. Si vas despacio, te seguirá el tiempo, lentamente, como un buey eterno.

CXLV

Philadelphia,
23 de mayo.

PAISAJE DE CONSTABLE

TORMENTA encima. No es sombra de nube, porque no hay sol. Es un frío como una sombra, en vez de una sombra...

—Parece que caen unas gotas... ¡Ah, qué tontería; no importa; tiene montera la sala...

CXLVII

De Philadelphia a New York,
crepúsculo lluvioso,
24 de mayo.

REMORDIMIENTO

¿Y habrás de conformarte,
alma, con olvidar en la mañana?

¡Si cuatro largos clavos bien clavados
alma hasta tus entrañas,
abrieran cuatro grandes rosas puras
de aquellas cuatro lívidas palabras
que en su corazón bueno
él tendrá, desde entonces, enclavadas!

¿Y habrás de conformarte solamente,
con ser feliz del todo, alma?

CXLVII

New York,
26 de mayo.

A MIRANDA, EN EL ESTADIO

Come unto these yellow sands,
And then take hands!

SHAKESPEARE.

¡MIRANDA, Miranda, Miranda
blanca, dulce y de oro, anda,
no te quites ya el traje puro,
no tornes al sótano oscuro
esta ilusión de tu belleza
que, pues ha estado en tu cabeza,
es verdad tuya!

—El encendido
reloj de la torre, subido
a las estrellas, se ha perdido.—

... ¡No vuelvas tú ya de la escena
a la amarilla y triste arena!

Ya que, en esta noche, supiste
ser de fulgor, y conmoviste

mi alma, hasta hacérmela diosa,
alimentemos a la rosa
cortada, con agua divina,
para que nunca sea espina.
¡Vamos los dos a donde ha ido
tu voz celeste! ¡Que el olvido
no se interponga, como el día,
entre esta noche tuya y mía
y esa otra noche de mañana,
... ¡y esa otra noche de mañana!

¡Miranda, vamos donde ha muerto
tu voz ¡para mí! en el abierto
mar de la noche constelada!
Aún esa luna inmaculada
puede decirme en dónde estamos
con tu voz...

¡Sí, Miranda, vamos,
anda Gladys, digo, Miranda,
¡Miranda, Miranda, Miranda!,
desde este azul artificial
al oro real de lo inmortal!

CXLVIII

New York,
27 de mayo.

AMANECER

POR los claros de la tormenta, comienza a verse, diluída, el alba, no sé si con luna. Truena sordamente.

El elevado pasa por la 6.ª, sobre su puente, como una rápida baraja voleada de ventanas amarillas, y ya, o aún, sin nadie. Un único pajarillo entrecanta aquí y allá. En el palacio de enfrente —¿la muerte, el amor?— el portal encendido aún, o ya.

Un instante, como una isla, el mal olor de siempre se abre con no sé qué olor bueno, como de lirios del valle o de no sé qué fruta en flor —¿el amor, la muerte?— en la brisa de abril. Una mariposilla blanca, que en la vaga luz suave y azul de lo que viene es blanquísima, revuela, loca, del suelo al cielo, en una libertad triste —¿la muerte, el amor?— ...Truena sordamente...

CXLIV

ABRIL

¡CUÁNTA nube, esta noche de tormenta,
debajo de la estrella!
¡Qué mala tienes siempre
que ser, para ser buena!

CL

New York, Museo Metropolitano,
29 de mayo.

RETRATO DE NIÑO
(ATRIBUÍDO A VELÁZQUEZ)

EN un caerse de temprana tristeza pensativa, me mira, desde el rincón, el niño. ¡Qué acariciar el de su nostálgica almilla española! Son los ojos más bellos y más dulces que he visto aquí, manantial sin fin de bellas miradas, que miran desde tantas partes. Yo estaba pensando con nostalgia en el otoño de New York, ahora que entra la primavera. Y de pronto, he aquí el otoño.

Sí. Caen hojas secas en este rincón solitario,

y el cuadro se sume a veces en una arboleda de oro, malva y rosa, con lágrimas colgadas, que está en su fondo, tras su fondo...

¡Pero no debe ser! Este niño debía tener en su boca la rosa mejor de la primavera. El vigilante está dormido... ¡Si fuera el cuadro más pequeño...!

CLI

New York,
4 de junio.

AUSENCIA DE UN DÍA

AHORA, soñar es verte,
y ya, en vez de soñar,
vivir será mirar
tu luz, hasta la muerte.

¡Mirar tu luz! Ni sueño,
ni ensueño. Sólo amor,
más fácil y mejor
que el sueño y el ensueño.

¡Muera mi fantasía!
Tocar, gustar, oler,
oir, ver... esclarecer

tu verdad con la mía;
pues que tú me has dejado,
con tu oculto fluír,
para tu sonreir
como un iluminado.

¡Qué claros campos riegas,
derecho, oh río, hoy!
¡Ahora si que voy
por las eternas vegas!

CLII

LA MORAL EN EL AMOR

RECUERDO el cuadrito de Couture, y siempre, como su nombre, caen sobre él las dos palabras desnudas: El Placer.

El cuadro es pequeño como el mundo, y claro; alegre como la mañana, visto por la tarde, y triste como la tarde, pensando en la mañana; rojo y hueso, como una herida. Un joven pintor, sentado sobre una marmórea cabeza de Apolo, analiza, más que dibuja, boca casi contra hocico, la sangrienta cabeza de un cerdo.

CLIII

VÍSPERA

YA, en el sol rojo y ópalo del muelle,
entre el viento lloroso de esta tarde
caliente y fresca de entretiempo,
el barco, negro, espera.

—Aún, esta noche, tornaremos
a lo que ya casi no es nada
—a donde todo va a quedarse
sin nosotros—,
infieles a lo nuestro.
Y el barco, negro, espera.—

Decimos: ¡Ya está todo!
Y los ojos se vuelven, tristemente,
buscando no sé qué, que no está con nosotros,
algo que no hemos visto
y que no ha sido nuestro,
¡pero que es nuestro porque pudo serlo!

¡Adiós! ¡Adiós! ¡Adiós! a todas partes, aun sin
¡y sin querernos ir y casi yéndonos! [irnos,

... Todo se queda con su vida,
que ya se queda sin la nuestra.
¡Adiós, desde mañana —y ya sin casa—
a ti, y en ti, ignorada tú, a mí mismo,
a ti, que no llegaste a mí, aun cuando corriste,
y a quien no llegué yo, aunque fuí de prisa
—¡qué triste espacio en medio!—

... Y lloramos, sentados y sin irnos,
y lloramos, ya lejos, con los ojos
contra el viento y el sol, que luchan, locos.

CLIV

New York,
6 de junio.

PUERTO

A MRS. SETH LOW PIERREPONT.

La libertad se funde en el raudal oriblanco del sol poniente, y solo es ya estatua en el recuerdo o en el sueño. Un biplano se echa, libélula inmensa, contra ese sol que alucina. Incesantes barcos de todas clases, justificadores del oleaje sin tregua, pasan, vienen, van, agriando sus verdes, endulzando sus carmines, dorando sus amarillos. La realidad invisible es tan bella,

que lo absorbe todo, y no se oye rumor molesto alguno sino en lo inconsciente —no sé qué subpuerto de sirenas, campanas y martillos de aire comprimido...— Frío...

De pronto, el barco de la noche, la Sombra de pie en la proa, viene de oriente, majestuoso y raudo, a la ciudad ya casi sin luz. Y en un juego complicado y doliente de retirada, el ocaso le proyecta a la noche, con focos malvas y de oro, grises y rosados, una remota primavera, que ella apaga, sin resistencia, sonriendo, en una semilucha tranquila y sin sangre...

CLV

New York, cuarto vacío, entre baules cerrados,
6 de junio, noche.

REMORDIMIENTO

LE taparía el tiempo
con rosas, porque no
recordara.

Una rosa distinta,
de una imprevista magia,
sobre cada hora solitaria de oro

o sombra,
hueco propicio a las memorias trágicas.

Que como entre divinas
y alegres
enredaderas rosas, granas, blancas,
que no dejaran sitio a lo pasado,
se le enredara,
con el cuerpo,
el alma.

CLVI

A bordo, 7 de junio.

DESPEDIDA SIN ADIÓS

MAR amarilloso con espumas sucias, en un leve fermentar, como de gaseosa de limón. Se quedan atrás, con el leve ir del barco, barriles rotos, maderas viejas, guirnaldas de humos y espumas. Volviendo la cabeza a lo de antes, que ya no es nada, New York, como una realidad no vista o como una visión irreal, desaparece lentamente, inmensa y triste, en la llovizna. Está todo —el día, la ciudad, el barco— tan cubierto y tan cerrado, que al corazón no le salen adioses en la partida.

Salida dura y fría, sin dolor, como una uña que se cae, seca, de su carne; sin ilusión ni desilusión. Despedida sin alas, las manos en los bolsillos del abrigo, el cuello hasta las orejas, la sonrisa inexpresiva, que no se siente y nos sorprende —¿se ríe usted?— contestada por otra, en el rostro pasado por agua.

Ya no se ven... A babor... Un paseo por toda la borda... Bueno.

... La mar.

IV

MAR DE RETORNO

CLVII

7 de junio.

NOSTALGIA

EL mar del corazón late despacio,
en una calma que parece eterna,
bajo un cielo de olvido y de consuelo
en que brilla la espalda de una estrella.

Parece que estoy dentro
de la mágica gruta inmensa
de donde, ataviada para el mundo,
acaba de salir la primavera.

¡Qué paz, qué dicha sola
en esta honda ausencia que ella deja,
en este dentro grato
del festín verde que se ríe fuera!

CLVIII

8 de junio.

MAR DE PINTOR

(Al encausto y en dos mitades.)

CUATRO de la madrugada: Mar azul Prusia. Cielo verde malaquita.—Emociones.—

Seis de la mañana: Mar morado. Cielo gris. —Sports.—

Nueve de la mañana:—Lectura.—

Una de la tarde: Mar ocre. Cielo blanco.—Desamor.—

Cuatro de la tarde: Mar de plata. Cielo rosa.—Nostalgia.—

Ocho de la tarde: Mar de hierro. Cielo gris.—Pensamientos.—

CLIX

8 de junio.

¡DESNUDO!

¡DESNUDO ya, sin nada
más que su agua sin nada!
¡Nada ya más!

Este es el mar.
¡Este era el mar, oh amor desnudo!

CLX

9 de junio.

SOL EN EL CAMAROTE

Pensado mientras me baño viendo, por el tragaluz abierto, el mar azul con sol, y cantado, luego, toda la mañana.

NO más soñar; pensar
y clavar la saeta,
recta y firme, en la meta
dulce de traspasar.

Todo es bueno y sencillo;
la nube en que dudé
de todo, hoy la fé
la hace fuerte castillo.

Nunca ya construir
con la masa ilusoria.
Pues que estoy en la gloria,
ya no hay más que vivir.

CLXI

9 de junio.

MAR

A veces, creo que despierto
de mi misma vigilia, y que con ella
—sueño del mediodía—
se van monstruos terribles
del horizonte puro.

—Es cual una tormenta
de duermevela, cuyo trueno
no se supiera nunca
si fué verdad o fué mentira.—

Se me abre el corazón y se me ensancha
como el mar mismo. La amenaza
huye por el oriente
a sus pasadas nubes.

El mar sale del mar y me hace claro.

CLXII

10 de junio.

AL FRESCO

CON una cantidad inmensa de pintura nueva, un escobón mágico pinta francamente, como anuncio del espectáculo del día, la aurora, decoración sencilla: arriba, un gran oro, casi sin amarillo, solo luz; abajo, un único azul, exuberante, derramado en sí mismo; debajo del sol —que no se pinta—, un vaivén —de izquierda a derecha— de ancha plata trasparente.

Ahora, a las sillas largas: estío del agua.

CLXIII

10 de junio.

EL MAR

LE soy desconocido.
Pasa, como un idiota,
ante mí; cual un loco, que llegase
al cielo con la frente
y al que llegara el agua a la rodilla,
la mano inmensa chorreando
sobre la borda.
Si le toco un dedo,
alza la mano, ola violenta,
y con informe grito mareante,
que nos abisma,
dice cosas borrachas, y se ríe,
y llora, y se va...
A veces, las dos manos
en la borda, hunde el barco
hasta su vientre enorme
y avanza su cabeza, susto frío,
hasta nuestro minúsculo descuido.
Y se encoge
de hombros y sepulta

su risotada roja en las espumas
verdes y blancas...
                              Por doquiera
asoma y nos espanta; a cada instante
se hace el mar casi humano para odiarme.

... Le soy desconocido.

CLXIV

11 de junio.

¡OH mar, cielo rebelde
caído de los cielos!

CLXV

12 de junio.

MAR DE PINTOR...
(¿DE MÚSICO?)

A las dos de la tarde: Un movible y luciente brocado verde plata.

A las seis y media: Los valles de espumas blancas se llenan de rosas.

A las siete y cuarto: Agua alta y verde. Antecielo de nubarrones azul cobalto. Cielo gris. Trascielo de oro.

CLXVI

13 de junio.

¡EL MAR ACIERTA!

NO sé si es más o menos. Pero sé que el mar, hoy, es el mar. Como un orador sin paz, que un día llega a su plena exaltación, y es él ya para siempre, porque la ola de su fervor rompió su vaso, así, hoy, el mar; como un pintor que acertase a dar en una sola pincelada la luz del color de la aurora primera; como un poeta que se hace en su alma una estrofa mayor que el mundo, así, hoy, el mar; como una primavera que abre su flor mayúscula...

Hoy el mar ha acertado, y nos ofrece una visión mayor de él que la que teníamos de antemano, mayor que él hasta hoy. Hoy le conozco y le sobreconozco. En un momento voy desde él a todo él, a siempre y en todas partes él.

Mar, hoy te llamas mar por vez primera. Te has inventado tú mismo y te has ganado tú solo tu nombre, mar.

CLXVII

13 de junio.

...LO recuerdo, de pronto,
como un niño asustado
que se ha ido muy lejos, por el bosque,
se acuerda de su casa.

¡Oh memoria, memoria
necia, vieja pesada y habladora,
isla de llanto y cobardía!

CLXVIII

14 de junio.

HOY eres tú, mar de retorno;
¡hoy, que te dejo,
eres tú, mar!
¡Qué grande eres,
de espaldas a mis ojos,

gigante negro hacia el ocaso grana,
con tu carga chorreosa de tesoros!

—Te quedas, murmurando
en un extraño idioma informe,
de mí; no quieres nada
conmigo; entre tu ida
y mi vuelta
resta el despego inmenso
de una eterna nostalgia.—

... De repente, te vuelves
parado, vacilante,
borracho colosal y, grana,
me miras con encono
y desconocimiento
y me asustas gritándome en mi cara
hasta dejarme sordo, mudo y ciego...
Luego, te ríes, y cantando
que me perdonas,
te vas, diciendo disparates,
imitando gruñidos de fieras
y saltos de delfines
y piadas de pájaros;
y te hundes hasta el pecho
o sales, hasta el sol, del oleaje

—San Cristóbal—,
con mi miedo en el hombro acostumbrado
a levantar navíos a los cielos.

Me siento perdonado. ¡Y lloro, mar salvaje
toda tu agua de hierro, luz y oro!

CLXIX

14 de junio.

YA solo hay que pensar en lo que eres,
mar. Tu alma completa
en tu cuerpo completo;
todo tú, igual que un libro
leído ya del todo, y muchas veces,
que con su *fin* ha puesto
fin a las fantasías.

Mar digerido, mar pensado,
mar en biblioteca,
mar de menos en la nostalgia abierta,
de más en el aguardo
de las visiones no gozadas!

Mar, mar, mar, mar
mónotono, minuto del reloj diario,

latido igual del corazón diario;
ya solo hay que pensar en lo que eres,
no hay que pensar en lo que eres,
¡oh mar inadvertido, no escuchado
de los oídos ya, ya no mirado
de los ojos, oh mar!

CLXX

14 de junio.

CONVEXIDADES

VUELVE el cielo su espalda,
vuelve su espalda el mar, y entre ambas
resbala el día por mi espalda. [desnudeces,

Lo que en el día queda,
es lo que dicen todos todo.
Nuestros tres pechos ¡Dios! están abiertos,
contra el todo de todos,
a lo que ignoran todos,
¡hacia todo!

CLXXI

14 de junio.

AGUA TOTAL

SE borra el mar lejano, y el horizonte se viene encima y aprisa, de modo que la raya última del agua tiene ya la ola, suave primero, luego grande, sobre el cielo. El aire se achica y el interior de nuestro orbe se hace pequeño, como el de una naranja cuya piel hubiese crecido hacia dentro, o como un corazón hipertrofiado. El mar parece una gotita del tamaño—¡menor!—del ojo que lo mira.

El cielo no es casi bóveda nuestra, sino posible visión convexa de otros. Llueve más. Agua arriba y agua abajo, es decir, agua enmedio, y toda de un color, digo, sin color, digo, negra... o tal vez blanca... Solo agua, todo agua. Ahogo total, diluvio nuevo. En el arca, yo con mi familia y una pareja de todos los animales conocidos.

CLXXII

14 de junio.

NOCTURNO

TAN inmenso como es ¡oh mar! el cielo,
como es el mismo en todas partes,
puede el alma creerlo tan pequeño...
Enclavado á lo eterno eternamente
por las mismas estrellas,
¡qué tranquilos sentimos, a su amparo,
el corazón, como en el sentimiento
de una noche, que siendo solo nuestra madre,
fuera el mundo!
¡Qué refugiados nos sentimos
bajo su breve inmensidad definitiva!

CLXXIII

15 de junio.

MAR DESPIERTO

¡OH, cuán despierto tú, mar rico,
siempre que yo, voluble y trasnochado,
salgo a mirarte; siempre

que yo, los ojos ojerosos,
salgo, a mirarte, cada aurora!

Tu corazón sin cárcel,
de todo tu tamaño,
no ha menester reposo;
ni porque desordenes
tu hondo y alto latir sin cuento,
te amedrenta la muerte
por ningún horizonte.

¡Cuál juegas con tu fuerza,
de todos los colores
de las horas! ¡qué alegre y loco,
levantas y recoges, hecho belleza innúmera,
tu ardiente y frío dinamismo,
tu hierro hecho movimiento,
de pie siempre en ti mismo, árbol de olas,
y sosteniendo en tu agua todo el cielo!

¡Mar fuerte, oh mar sin sueño,
contemplador eterno, y sin cansancio
y sin fin, del espectáculo alto y solo
del sol y las estrellas, mar eterno!

CLXXIV

15 de junio.

LA luna blanca quita al mar
el mar, y le da el mar. Con su belleza,
en un tranquilo y puro vencimiento,
hace que la verdad ya no lo sea,
y que sea verdad eterna y sola
lo que no lo era.
Sí.
¡Sencillez divina
que derrotas lo cierto y pones alma
nueva a lo verdadero!
¡Rosa no presentida, que quitara
a la rosa la rosa, que le diera
a la rosa la rosa!

CLXXV

15 de junio.

PARTIDA

A JOAQUÍN MONTANER

HASTA estas puras noches tuyas, mar, no
el alma mía, sola más que nunca, [tuvo
aquel afán, un día presentido,
del partir sin razón.
Esta portada
de camino que enciende en ti la luna
con toda la belleza de sus siglos
de castidad, blancura, paz y gracia,
la contagia del ansia de su claro
movimiento.
Hervidero
de almas de azucenas, que una música
celeste hiciera de cristales líquidos,
con la correspondencia de colores
a un aromar agudo de delicias
que extasiaran la vida hasta la muerte.

¡Magia, deleite, más, entre la sombra,
que la visión de aquel amor soñado,

alto, sencillo y verdadero,
que no creímos conseguir; tan cierto
que parecía el sueño más distante!

Sí, sí, así era, así empezaba
aquello, de este modo lo veía
mi corazón de niño, cuando, abiertos
como cielos, los ojos,
se alzaban, negros, desde aquellas torres
cándidas, por el iris, de su sueño,
a la alta claridad del paraíso.
Así era aquel pétalo de cielo,
en donde el alma se encontraba,
igual que en otra ella, sola y pura.
Este era, esto es, de aquí se iba,
como esta noche eterna, no se a donde,
a la tranquila luz de las estrellas;
así empezaba aquel comienzo, gana
celestial de mi alma
de salir, por su puerta, hacia su centro...

¡Oh blancura primera, sólo y siempre
primera!
... ¡Blancura de esta noche, mar, de luna!

CLXXVI

DÍA ENTRE LAS AZORES

9 de la mañana. A SATURNINO CALLEJA

El sol, que se enciende, lento, en blanca luz, al afinarse las nubes de agua, alumbra de plata verde el sur del mar de plomo carminoso. Gotas dulces de llovizna barrida y gotas amargas de ola asaltadora no llegan confundidas a los labios y a los ojos. Vamos al estío, enfundados hasta las orejas en las pieles de diciembre.

1 de la tarde.

MAR SÓLIDO

Está el mar de piedra, y las olas se barajan como cartas o lascas de pizarra. Aquí y allá, vagas malaquitas de imponderables verdes, profundos y finos mármoles negros que descendieran, en escalinatas imantadas, al misterio. En súbitas apariencias volubles, sobre la cima de las mudables y minúsculas cordilleras de olas, remolinos de yeso. Parece que es polvo la brisa. La boca y el alma tienen sedes.

2 de la tarde.

Al subir del comedor, no hay mar. Todos, sin verlo, siguen creyendo que está. Pero no está. No, no hay mar. El sol contagia toda la atmósfera lloviznosa, y todo es sólo luz blanca, suave, vendada. En la unánime claridad, breves sangres derramadas por heridas de albor, leves guirnaldas vivas —¿de qué?— no sé si por el agua o por el cielo.

5 de la tarde.

¡ADIÓS!

¡Qué lejos ya la triste cueva llorosa, de que hemos salido ahora mismo, de las «Azores de la lluvia constante!» ¡Salud alegre de la abierta tarde de sol! El mar, Prusia otra vez, está como tajado en infinitos planos de oscuros colores luminosos, que se complican en cambiantes innumerables, como si cada ola tuviera un parto perpetuo de olitas. Claridades de nubes encendidas lo deslumbran sin reposo, y en las espumas de cada ola rota, un arco iris eleva su lira de colores. —Así Las Musas aclamando al Genio mensajero de luz» de Puvis de Chavannes, femeninas olas blancas de una mar ideal.—El cielo es hoy más grande

que el mundo, y parece que su gloria se ha bajado al ocaso, que está ahí cerca, entre sus jardines acuáticos. La última isla, casi de música, suma de la ilusión, sale, como una proa de luz cristalizada, de entre las nubes bajas, que la abrazan, que la cuelgan, que la coronan inmensamente, en la desproporción mágica —¡pobres de nosotros!— de su magnificencia apoteótica.

6 de la tarde.

LA ISLA TRANSFIGURADA

MALVA, de oro y vaga —igual que un gran barco boca abajo sobre el mar concentrado y azul ultramar—, en un ocaso amarillo que ornan mágicas nubes incoloras, gritos complicados de luz, la «Isla de los Muertos», de Böcklin. Mas los cipreses están ardiendo esta tarde y los muertos están resucitando. Oro, fuego, purificación. El mar suena a César Franck.

7 1/2 de la tarde.

TRANSFIGURADA ya y ardida, entre el sol del ocaso y su largo derramamiento en el mar azul, como un ascua que se apaga roja, malva y ceniza —negra por sitios, carbón que permanece—, la «Isla —¡Adiós, adiós, adiós!— del Juicio Final».

CLXXVII

16 de junio.

LOS TRES

EL gallardete, blanco,
se pierde en las estrellas mismas siempre.
Sólo estamos despiertos
el cielo, el mar y yo —cada uno inmenso
como los otros dos—.

Hablamos, lentos,
de otras cosas, serena y largamente,
toda la madrugada...

El gallardete, blanco,
sigue, agudo en el viento, en las estrellas mismas,
en las estrellas de antes, que ya faltan
algunas...

Canta el gallo
en la proa, y despiertan todos...
Sus últimas estrellas
recoge el cielo, sus tesoros
el mar, yo mi infinito,

y nos vamos del día luminoso
y venimos al día de la vida,
cerrados y dormidos.

CLXXVIII

16 de junio.

POR el cielo de la Atlántida, líquido hoy —¡qué bajos!—, mirando al segundo cielo, verde. —El fraile de las barbas azules, en un afectado misticismo oratorio, rabo de púlpito, las manos trenzadas sobre la boca, los ojos en lejanía tras las gafas naranjas, dice, melifluo, a la cubana de la cocaína: ¡Poder de Dios! ¡Ese pico en medio del mar...!—

CLXXIX

16 de junio.

IRIS DE LA TARDE

A JOSÉ M.ª LÓPEZ PICÓ

FINAMENTE, cada cima de ola, al congregar su espuma, exalta, como una plumilla de colores, un breve arco iris. El mar entero está ya

lleno de arco iris, que le sueñan una música ideal a su dilatado rumor de hierro, como una junta de liras espirituales que, en levantamiento igual de aspiraciones, exaltaran en las olas aspirantes, las musas marinas. Son estas gráciles luces coloridas, lo mismo que un pensamiento de cada ola, concertados por la unanimidad de su armonía.

Algo que no es agua sale del mar con tales iris, algo que nos conduce, de rosa en pájaro, a esa estrella naciente de la tarde. Nuestros ojos quieren adivinar qué misterio es éste, que así persuade al alma, pero no lo consiguen, y se cierran una vez y otra, en un naufragio constante de belleza. Surge por vez primera en mí, y en su puesto, el mito de la sirena, como una realidad perfecta. No sabe el cuerpo qué es ello; sólo sabe que el atractivo de la ola engalanada es cosa infantil que va para mujer y que se concierta maravillosamente con la delgadez, la ternura y la finura de la hora delicada.

Por dentro, al reflejarse estos iris multiformes en el alma, triste por nada y por siempre, el corazón recoge su color como un canto perfumado; y se hace allí, en el fondo de su pasión inmensa, una imagen de lo externo, en la que la

ola tiene una correspondencia entrañable, y la espuma y el iris una adoración imitativa de caricias y suspiros.

CLXXX

16 de junio,
soñando en la silla larga.

NOCTURNO EN LA TARDE

DEJASTE mi ideal, ya para siempre,
pequeño, pues que lo dejaste,
y amenazado de insistentes lutos,
iguales a las sombras de esas nubes
que enviudan la plata
—única y variable—
de la luna serena de esta noche
del mar.

¡Qué blanco, antes,
qué despejado, como un solo pétalo
que fuese, cual la luna y como el cielo,
breve e inmenso;
...porque estaba sin sombra!

CLXXXI

17 de junio.

AMANECER

NUBES de cobre grana ponen de cobre el mar azul de hierro. Metales líquidos. De oro vivo, el oriente fulgura irresistible, acercando con su duro límite listado de azul Prusia el horizonte del agua. En el confuso despertar, su derramamiento amarillo sobre el agua es como si se hubiera exaltado hasta un oro máximo, hecho grito, estallido, resurrección el derramamiento de diamante, alas blancas y platería que anoche, aquí mismo, esparcía la luna en el mar de acero.

Parece que el cielo se ha roto como un gran huevo fresco y que una yema sorprendente y nunca presumida cuelga por doquiera del inmenso cascarón; y que la brisa clara ha manado infinitamente de un pomo del tamaño del mundo como un unánime raudal de alegría y de vida, filtrándose por todo esto, que es todo, y traspasándonos a nosotros, que somos únicos, y que con este amanecer, hemos tornado, mar y cielo con el cielo y el mar, a las cosas, en un nuevo arreglo del universo.

CLXXXII

17 de junio.

ORO MÍO

A MANUEL MACHADO

VAMOS entrando en oro. Un oro puro
nos pasa, nos inunda, nos enciende,
nos eterniza.

¡Qué contenta va el alma
porque torna a quemarse,
a hacerse esencia única,
a trasmutarse en cielo alto!

...Sobre el mar, más azul, el sol, más de oro,
nos libra el alma, nos dilata
el corazón tranquilo
hasta la plenitud de lo increado.

¡Oro, oro, oro, oro, oro,
sólo oro y todo oro, no más que oro
de música, de luz y de alegría!

¡Ay, que torno a la llama,
que soy otra vez ya la lengua viva!

CLXXXIII

17 de junio.

NOCTURNO

POR doquiera que mi alma
navega, o anda, o vuela, todo, todo
es suyo. ¡Qué tranquila
en todas partes, siempre,
ahora en la proa alta
que abre en dos platas el azul profundo,
bajando al fondo o ascendiendo al cielo!

¡Oh, qué serena el alma
cuando se ha apoderado,
como una reina solitaria y pura,
de su imperio infinito!

CLXXXIV

18 de junio.

MEDIODÍA

A NICOLÁS ACHÚCARRO

ROMPE la proa, en cabeceo gentil, el agua, azul, carmín, morada a un tiempo e inmensamente, y el agua se rebela contra ella, y le gruñe y le araña, engalanándola de una leonada blanca y altiva de espumas de armiño. Al caer de espaldas el agua, las espumas se tienden, verdes, floreciendo los flancos del barco con su derrota hervorosa y voluble. Vencidas, lo acarician aun un punto, despidiéndolo; y se quedan, al fin, dejadas, olvidadas ya de él, jugando con ellas mismas, sin nieve ya, cual en lagos de una líquida malaquita ideal, musical más que pictórica, que Verlaine, Debussy y Dulac unidos, tal vez soñaran sin acierto; inimaginable.

El mar entero sube y baja, en un derroche de fuerza, de gracia y de armonía. Las olas ensayan toda su gama, en simulacro mágico. Galopan como potros, se derraman como arbustos, crecen como montañas, se dilatan como valles,

y ríen y lloran, y lo dicen todo y se callan de pronto, y viven del cielo y lo matan, y se visten de brocados y tisúes y se desnudan del todo.

La sugestión del agua humanizada es evidente. De tal modo llama su oculta belleza, que con sólo decirle a nuestra alma: «Vente», se la lleva. Y el cuerpo, entonces, persuasivo, arrastra al alma mareada, con un gran esfuerzo delicadísimo, de la borda al camarote.

CLXXXV

18 de junio.

VIDA

TU nombre hoy, mar, es vida.
Jamás palpitó nada así, con la riqueza sin orillas
de tu movible y lúcido brocado verdeplata,
blanca entraña y azul de la belleza eterna;
criadero sin fin de corazones
de los colores todos
y de todas las luces;
¡mar vivo, vivo, vivo, todo vivo y vivo solo,
tan solo y para siempre vivo, mar!

CLXXXVI

18 de junio.

¿ ?

ES verdad y mentira,
hija tan sólo del instante único,
pero es verdad.

La hace
una armonía de la tarde
y la ola,
y nace, entre la espuma y las estrellas,
como algo que no es, pero que quiere serlo,
o se quiere que sea,
y sonríe ante el alma fascinada.

¡Oh música desnuda, que perfumas,
blancamente, como un sabor, el cuerpo
hecho alma, cual tú, por la armonía
de la ola y la tarde!

Es verdad y mentira,
pero es verdad.

CLXXXVII

18 de junio.

NOCTURNO

EL barco, lento y raudo a un tiempo, vence al
mas no al cielo. [agua,
Lo azul se queda atrás, abierto en plata viva,
y está otra vez delante.
Fijo, el mastil se mece y torna siempre
—como un horario en igual hora
de la esfera—
a las mismas estrellas,
hora tras hora azul y negra.
El cuerpo va, soñando,
a la tierra que es de él, de la otra tierra
que no es de él. El alma queda y sigue
siempre por su dominio eterno.

CLXXXVIII

19 de junio.

NIÑO EN EL MAR

LE sonrío, al pasar, y le sonrío,
y le sonrío inmensamente;
y su rostro que nace, fresco y oro,
me mira fijo, mas cerrado
al sonreir sereno que le doy.

Sus ojos serios y mi boca
sonreída,
se quedan solos, cuando la distancia
los borra, desprendidos, pobres,
ellos en su dureza
y ella en su ternura.

—Primaveras y ángeles, un punto,
dentro, no saben nada,
y son un cuadro de museo
esas verdades rosas
del sueño, y ya no hay músicas
tiernas, a las estrellas. Un hastío vano

abre la boca de los niños
en el cielo.—

Soñando,
le sonrío hasta el fin de mi sonrisa,
y hasta el fin, mira el niño mi sonrisa,
serio.

CLXXXIX

19 de junio.

CIEGO

De pronto, esta conciencia triste
de que el mar no nos ve; de que no era
esta correspondencia mantenida
días y noches por mi alma
y la que yo le daba al mar sin alma,
sino en un amor platónico.

¡Sí, inmensamente
ciego!

Aunque esta luna llena y blanca
nos alumbre, partimos las espaldas
del agua en una plenitud de oscuridades.

Y no vistos del mar,
no existimos por este mar abierto
que cerca nuestra nada de horizontes
verdes, resplandecientes e ideales.

Este miedo, de pronto...

CXC

19 de junio.

NO sé si el mar es, hoy
—adornado su azul de innumerables
espumas—,
mi corazón; si mi corazón, hoy
adornada su grana de incontables
espumas—,
es el mar.
Entran, salen
uno de otro, plenos e infinitos,
como dos todos únicos.
A veces, me ahoga el mar el corazón,
hasta los cielos mismos.
Mi corazón ahoga el mar, a veces,
hasta los mismos cielos.

CXCI

19 de junio.

TODO

AL MAR Y AL AMOR

VERDAD, sí, sí; ya habéis los dos sanado
mi locura.

El mundo me ha mostrado, abierta
y blanca, con vosotros,
la palma de su mano, que escondiera
tanto, antes, a mis ojos
abiertos, ¡tan abiertos
que estaban ciegos!

¡Tú, mar y tú, amor, míos,
cual la tierra y el cielo fueron antes!
¡Todo es ya mío ¡todo! digo, nada
es ya mío, nada!

CXCII

Cabo de San Vicente,
19 de junio.

¡YA!

¡OH, la tierra nos ve, nos ve, sí, sí, la tierra
nos ve!
Dulce y antigua
dueña de su hermosura, con los ojos
abiertos desde y hasta los humanos
corazones acostumbrados, desde siglos,
a ver, menos o más, nos ve.

El sol, grana, orna,
más vívido, la tierra azul, porque es mirado
también.
¡Oh, la tierra nos ve, nos ve... y nos piensa!
Sí. ¡Ya somos! ¡Ya soy!

CXCIII

19 de junio.

IBERIA

¡IBERIA de oro, que entreveo ya en la bruma,
llegando, cada vez más roja
—leones hechos tierra—
frente al ocaso de donde venimos!
¡Iberia mía, coronada de cúmulos de malva y de [ópalo!
¡Iberia, desde este
viento puro y sereno que nos trae!
—¡Oh, qué bueno, Dios mío,
es tener corazón!—

¡Leones hechos tierra!
¡Muros de tierra seca,
primeros, guardadores, con su capa
de arrugas, de la madre
pobre, seria y herida!
—¡Oh, qué bueno, qué bueno
es tener corazón!—

¡No! ¡Irás sacando, España,
como esta tarde para mi alma, enfrente

del sol que ha de salir, por ti, mañana,
toda tu alma a flor de tierra, ardiente, joven,
tierra hecha leones,
llamas en vez de muros!
—¡Oh, qué alegre, qué bueno
es tener corazón!—

CXCIV

19 de junio.

NOCHE ÚLTIMA

ESTRELLAS, más estrellas, más estrellas.
—Se han acercado y hablan
conmigo.— ¡Oh, qué puerta de estrellas
para entrar en España!

El cielo se ha colgado al pecho
—al alma—
su tesoro mayor, completo y puro,
que el mar absorto mira en calma.

Y el barco, fácilmente,
más alto —¡no pesamos nada!—,
rompe, raudo,
el agua,

que le adorna los flancos
de un raso negro, roto en rojas platas vagas,
resplandor indeciso
de planetas
y de la vía láctea.

Vamos al corazón por el misterio,
trémulos, sin hablar, todos a proa,
en una inmensa ansia.

CXCV

20 de junio,
cuatro de la mañana.

¡YA!

AUN la luna, encallada ya en el día,
deslumbra
la noche de la media mar morada,
en donde, llenas por el noroeste,
moradas velas tienen
en su alegre henchimiento
el rosa del oriente...
El faro todavía, plata ya y pequeño,
grita, tres veces cada vez:
¡Tierra, tierra, tierra!

Tierra, otra vez. La última,
la primera, la mía,
¡la tierra!

CXCVI

20 de junio,
saliendo el sol.

«DESPEDIDA MATINAL»

LA famosa poesía de Browning que yo, sin razón quizás y recordando otra suya, sitúo aquí, en este punto del planeta, insiste en mi cabeza y en mi corazón, como una mariposa que siempre vuelve, traducida ella misma, sin esfuerzo inteligente por mi parte:

Vuelto el cabo, de repente surgió el mar.
Por cima de la montaña, miró el sol:
Y fué, al punto, una áurea ruta para él,
y un fatal mundo de hombres para mí.

CXCVII

Agua de España,
20 de junio.

DENTRO

¡PATRIA y alma!
Y el alma también es como la patria,
perdidas, dentro, sus orillas dobles
en el oro infinito de lo eterno.

Una abriga a la otra
como dos madres únicas
que fueran hijas de ellas mismas,
en turno de alegrías y tristezas.

Todo y sólo está en ellas;
a ellas tan sólo hay que entregarlo todo,
de ellas tan sólo hay que esperarlo todo,
de la cuna a la muerte.

...Ahora que el cuerpo entró en su patria,
el alma se le entra.
¡Así, bien lleno! ¡Así, todo completo!
¡Con mi alma, en mi patria!

V

ESPAÑA

CXCVIII

20 de junio,
amanecer.

CÁDIZ

DE un cielo bajo y malva, que limitan,
sobre el cielo más alto, verde y puro,
vagos cúmulos de ópalo
con un vago pedazo de arco iris,
Cádiz —igual que un largo brazo fino y blanco,
que España, desvelada en nuestra espera,
sacara, en sueños, de su rendimiento
del alba,
todo desnudo sobre el mar morado—
surge, divina.

—Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones.—

Los besos matutinos, nuevos
y frescos, se adelantan
en la brisa total, a esa blancura.

¡Hoy sí que amanece!
¡Hoy sí que vas saliendo
sol violeta, que sales
con rueda de albos radios infinitos,
sobre el mar detenido por España!

¡Hoy sí que te ve el alma amanecer, sol sobre
[el alma!

CXCIX

Cádiz,
21 de junio.

FRESQUITOS MATINALES

¡VERANO andaluz! ¡Cómo olvida el cuerpo lo que deja, o lo que le deja! ¡El recuerdo del cuerpo; mujer!

Este fresquito de Cádiz es el fresquito más alegre, más abierto, más alto que ha sentido mi carne nunca en el verano. Se diría que el airecillo surte del mar, como de su centro, que él mismo es otro mar de aire que sube y anega y

sepulta este montón de limpieza, de colores claros —este blanco con verde chillón, únicos—, de finura; que estamos en un aireario ideal, dentro del aire, que fuera como el alma del aire, cuya vestidura, desnuda ella, se le hubiera caído al suelo.

... Y digo alto, abriendo inmensamente el pecho al aire, por la calle estrecha —sucesión de claridades, encaje de matices suaves—: ¡Qué fresco tan rico! ¡Qué fresco tan rico!

Y un loro grita en un balcón: «¡Qué fresco tan rico!» «¡Qué fresco tan rico!»

CC

21 de junio.

CÁDIZ

A F. R. SANDOVAL

EN el botón de oro de mi puño, Cádiz, un poquito más pequeña que es, se refleja toda, tacita de oro, ahora. Está, en mi orito redondo, como en su mundo, con su torre de Tavira, con su mar y su cielo completos por el círculo. Todos sus colorines, esos verdes de sulfato de cobre con cal, esos rosas de geranio, esos azules

marinos, esos blancos traslúcidos, al recogerse en lo diminuto, parecen facetillas de una breve ciudad de diamante enquistada por mano fililí en mi botón, que el oro del metal magnifica como en una caída de tarde espiritual, nítida y gloriosa.

—Ahora yo hago la noche con mi manga. Cádiz no existe.—

CCI

Cádiz, 21 de junio.

PLAZA NOCTURNA

SILENCIO ya. Únicamente grita —en silencio y en el recuerdo de ahora mismo— el colorín de los cafés de cristales del muelle, vacíos ya del todo, cuya policromía rodea de nostalgia mi alma, digo, la plaza ésta, frondosa, esmeralda fresca, bien oliente, trasparente y vacía. Intermitentemente, un cielo sin azul, estrellas todo, de estos cielos tesoros de aquí, y dos cielos verdiblancos, como encalados, espectrales, de pesadilla, que crea el faro sobre una ciudad de torres blancas, coronación de la Cádiz dormida, y no dan tiempo casi a ser cielo de los

ojos. Y los ojos se empeñan en cazarlos, vez tras vez, en obstinado deseo...

La brisa anda por las magnolias, que se están bañando, desnudas, en la sombra... Entre el verdor espeso y lustroso, dos gatos negros se escurren, clavándose sus ojos rayos verdes. Silencio, más silencio cada hora, como más sombra...

CCII

22 de junio.

DE CÁDIZ Á SEVILLA

A J. MORENO VILLA

ENTRE los candeleros verdes de la pita, el sol poniente colma de dorados carmines los cuadros de las salinas blanquiazules. Alguna vaca negra pace, solitaria, en la quietud del anochecer de las marismas, de islote en islote de camarinas. Un viento amplio, que infla el poniente como una gran vela y se lleva la tarde como un barco, entra hasta el alma misma un agudo olor de sal y pino.

(En Cádiz, que va dando la vuelta, el faro, sobre el amarillo de miel del poniente, comienza

su vela, con una luz verde y violeta, que es aún como una joya cerrada, sin un solo resplandor hacia fuera.)

Es cual una naturaleza enmendada por un pintor que le hubiese enseñado su hermosura y la pintara de nuevo con más jugo y más brío; como la verdadera entraña de la tierra, salida de lo más hondo a lo más claro; profusión de bienestares que dan a cada sentido su más aguda sensación, la cual, analizada, no se sabe de dónde viene hoy más que otro día, y que es poco suponer que mana del fondo sólo de la naturaleza.

CCIII

Sevilla,
23 de junio.

CLAVELES

A JOSÉ MARÍA IZQUIERDO

ESTE clavel, esta fuente grana de esencia, colma de su viva frescura sensual todo el color azul y oro de la tarde que, siendo azul y oro, es roja por dentro, como si tuviera alma de sangre y la trasparentara el sol poniente.

Es cual si yo tuviera en mi mano, dentro del cuerpo de Sevilla, cogido su corazón. Es como si

todos los corazones de sus mujeres se hubieran hecho un solo clavel, este clavel que yo tengo en mi mano, del puesto verde de la calle de las Sierpes.

Este clavel es el mundo, que se ha hecho del tamaño de un clavel, digo, de Sevilla, que está prendida, clavel único, madre de claveles, sobre el pecho izquierdo de la naturaleza.

... La tarde va cayendo, y como una mantilla negra, el anochecer viene sobre Sevilla; y la luna, roja igual que un clavel, asoma entre su nuca, fresca con el río, y el cielo hondo de su pelo.

CCIV

Sevilla,
23 de junio.

ORILLAS NOCTURNAS

Un campo muy bajo, casi sin campo, terroso, gris, seco. Un cielo muy alto, cielo sólo, blanco. Un gran olor a heno, áspero abajo, purísimo arriba. ¿Se van a separar la tierra y el cielo?... Grillos y estrellas, enredados, atan el paisaje.

CCV

De Sevilla a Moguer,
24 de junio.

SEMPER

A MI HERMANO

VUELVO una vez y otra del mundo,
mi pensamiento cada vez más rico
de almas de años muertos,
de renovado espíritu.

¡Qué lejos, desde lejos —y qué otro—,
de todo esto, siempre igual y desvalido!
¡Qué cerca
de todo esto, qué lo mismo
siempre,
qué igual, qué igual a ello,
al llegar, frente a frente,
del eterno cariño!

CCVI

De Sevilla a Moguer,
24 de junio.

TRIGO Y JARAMAGO

A JAVIER DE WINTHUYSEN

ALBINO todo y amarillo, valle y colina, como dos cabecitas de niña y de niño que durmieran todavía, una contra otra, entre las blancas cortinas rosadas de la mañana. A ras de flor, cual un ensueño, la brisa. Y como oídos en el sueño de los niños, pájaros, en un venir melodioso al despertar de calor y de alegría.

CCVII

Moguer,
24 de junio.

MADRE

TE digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años se cambien y te muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.

No es preciso medida
ni cálculo para el conocimiento
de ese cielo de tu alma;
el color, hora eterna,
la luz de tu poniente,
te señalan ¡oh madre! entre las olas,
conocida y eterna en su mudanza.

CCVIII

Niebla,
30 de junio.

¡NIEBLA, roja en el verde aun oscuro
de la mañana;
roja ruina, al primer sol, pedazo último
de mi corazón roto —que con su ala
última, alón sin pluma, me ha seguido
hasta ti, Niebla ya lejana—,
con su roto pedazo —silba el tren—
último de mi alma!

CCIX

De Moguer a Madrid,
30 de junio.

A MI MADRE

¡QUÉ bien le viene al corazón
su primer nido!
¡Con qué alegre ilusión
torna siempre volando a él; con qué descuido
se echa en su fresca ramazón,
rodeado de fe, de paz, de olvido!

... ¡Y con qué desazón
vuelve a dejarlo, pobre y desvalido!
¡Parece que, en un trueque de pasión,
el corazón se trae, roto el nido,
que se queda en el nido, roto el corazón!

CCX

Sevilla,
30 de junio.

CORO DE CANÓNIGOS

A RICARDO DE ORUETA

EN un bajo de sombras, carmines súbitos y trémulas luces, incoloras con el día de las vidrieras, ondula, como un mar sólido, la presurosa y alborotada desentonación de incomprensibles latines, tocados de vino y de carne por un brío basto y senil. El coro está abierto al cielo de la cúpula, que un violeta indecible, fundiendo la piedra gris, hace falsamente verdadero; pero la bullanga, que, cortando la hora, se coge con los comienzos los finales, no sube más alto de lo que es techo ilusorio que ella misma pone, con su mayor densidad, en el plano bajo a donde llega, y allí se queda, en aquella cámara grosera, arrollada y tropezando, como en el propio infierno correspondiente a su teatral representación del cielo.

—La tarde empieza a ser, en las cosas, divina. Los colores se enlazan, en trama delicada y encendida, por las altas soledades, en donde sus

almas libertadas por las heridas de la luz, se subliman. Paz. Palmas. Gloria...—

Y el órgano, de pronto, que la mano dura de un ojo que no ve acaricia, le pone al bodegón un nublado de impetuosa música ascendente, y revuelve y borra su orgía con una atronadora revolución celeste, que lo deja preso en el sótano correspondiente a su coceo, a su rumia y a su rebuzno subhumanos.

CCXI

De Sevilla a Madrid,
30 de junio.

¡ADIOS!

SOÑANDO, EN EL TREN

¡OH, qué verde te quedas
atrás, Andalucía,
qué blanca entre tus agrias
viñas!

Los altos miradores,
en donde el sol complica
colores de cristales
—malva, rosada su cal nueva—,
te miran tu alegría.

—En todos está mi alma
con la veleta, arriba,
arriba.

... Aquí y allá, el mar, lejos,
en encendidas cintas—.

CCXII

La Mancha,
1 de julio.

AMANECER

EL sol dora de miel
el campo malva y verde
—roca y viña, loma y llano—.
La brisa rinde, fresca y blanda,
la flor azul de los vallados cárdenos.
Nadie ya, o todavía,
en el inmenso campo preparado,
que con cristal y alas
la alondra adorna.
Aquí y allá, abiertos y sin nadie,
los rojos pueblos deslumbrados.

CCXIII

1 de julio.

MAÑANA

A D. VÁZQUEZ DÍAZ

POLVO inmenso. Por sus ojos morroñosos, piedra y cielo.

A la sombra miserable y de andrajo de un solo verde enfadado, dormido y sucio, unos borregos negros y grises marcados de almagra, se aprietan cabizbajos —sin cabeza— bajo el inmenso y único sol.

Se siente que el tren traza una negra línea larga. Punto rechinante y hueco: ¡Castilleejo!

CCXIV

Madrid.

¿EL mar este, cerrado
y solo, que el relámpago de acero,
como una espada súbita,
trae, en la visión medrosa
de la tarde de espanto y de tormenta;

es el mar en que estuve
yo, riente, entre niños;
el mar que fué mi casa,
mi día y mi sustento; el mar rosa y vencido,
que me llevó al amor?

CCXV

Madrid.

SOÑANDO
(AURORA EN EL MAR)

EL gallo canta, sin respuesta,
en la proa, que rompe,
firme, la madrugada grana, gris y fría;
y su grito se pierde, solo,
por el mar, contra el sol que se levanta
por un hueco fantástico de nubes.

Agua y cielo son, juntos con su grito,
de sangre y oro,
de sangre que no mancha, sino que purifica,
de oro que enriquece sólo el alma.

CCXVI

Madrid,
3 de octubre.

ELEGÍA

AHORA parecerás ¡oh mar lejano!
a los que por ti vayan,
viendo tus encendidas hojas secas,
al norte, al sur, al este o al oeste;
ahora parecerás ¡oh mar distante!
mar; ahora que yo te estoy creando
con mi recuerdo vasto y vehemente.

CCXVII

Madrid,
domingo.

SENCILLEZ

¡SENCILLEZ, hija fácil
de la felicidad!
Sales, lo mismo,
por las vidas, que el sol de un día más,
por el oriente. Todo
lo encuentras bueno, bello y útil,
como tú, como el sol.

¡Sencillez pura,
fuente del prado tierno de mi alma,
olor del jardín grato de mi alma,
canción del mar tranquilo de mi alma,
luz del día sereno de mi alma!

VI

RECUERDOS
DE
AMÉRICA DEL ESTE
ESCRITOS EN ESPAÑA

CCXVIII

DE EMILY DICKINSON
(AMHERST, MASS. 1830-1886)

«EL MASTÍN SOLO»

II

EL Alma que tiene Huésped
rara vez sale de Sí.
Más Divina Compañía
quita la necesidad;
y cortesía prohibe
que salga de Él el Señor,
mientras el Rey de los Hombres
está de visita en Él.

XXVII

¡RESPLANDOR de un acto heróico!
¡Qué extraña iluminación!
—La mecha lenta del Puede
prende en la Imaginación.—

LV

Dos Puestas de sol te mando.
—El Día y Yo competíamos;
hice dos y unas estrellas,
mientras Él hacía una.—

La Suya es más grande. —Pero
como Yo le dije a alguien,
las Mías están mejor
para llevarlas a mano.—

(Con unas vistosas flores.)

CCXIX

NATIONAL ARTS CLUB

New York.

EXPOSICIÓN permanente de huéspedes. Restaurant de retratos. ¿Se come? En la sala de acuarelas, digo, en el comedor, toilettes extravagantes, poses inaguantables. Se habla sin color y están torcidas las palabras.

Los cuadros que comen, servidos por estas jóvenes hosteleras de blanco sucio y celeste terreno, con pelo equivocado y verde Veronés en

las uñas, parecen, á la luz cuya escasez velan tulipanes de papel de seda rojo y amarillo —¡Su bandera! me dice Nerón, mirándome en los ojos con el monóculo— entre guirnaldas de viejo honor empolvado; parecen, a veces, personas ¿qué hemos visto? —¿dónde? ¡no en la calle!—

¿Queso? No, no se come; se hace como que se come. Y no es que no haya comida, más o menos cierta, comida que ha servido de modelo para muchas naturalezas muertas; es que —¡ya! ¿cómo no lo había pensado antes?— se representa una comida en simpatía de Ratan Devi. Si; estoy seguro de que, habiendo comido y bien, este museo malo piensa en ir a comer a otra parte. Ensayo general de comida al carbón, con algún toque de color. ¡Y son manjares de verdad!

Ya se levanta Cleopatra y se pone en su doscientos años de carne rubia una dalmática india... ¡Y se arrodilla ante el Dr. Coomaraswamy!

CCXX

BOSTON EN DOMINGO

LAS flores ordenadas —tulipanes, junquillos, azaleas— miran —como en altares hacia afuera— por los cristales morados, para ver a las estatuas —¡horror!— a las ardillas, a los gorriones, a las palomas y a nosotros dos.

CCXXI

BANQUETE

Boston.

de pastores unitarios —y pastoras— en el Hotel Somerset. Salida: larga fila recta, en un anuncio malo de ropa hecha. Al final, la mujer del último furgón, digo, pastor, deja, tras su modesta sensualidad, la estela chillona de una gran alcachofa roja de trapo que lleva sobre el tope del traje negro, como la luz de cola de un tren.

CCXXII

EL MEJOR BOSTON

CALLES *Marlborough*, *Commonwealth* y *Newberry:* tres tijeras paralelas de casas de chocolate, que el día alarga y encoje la noche.

CCXXIII

¿EL CIELO?

New York.

PARA ser de imitación, no está mal. Un poco yerto, desvaído y duro.—Estos pintores de anuncios son bastante buenos, ¡caramba! ¡Más arriba! ¡Más arriba! ¡No se caen ustedes, hombres! ¡Más arriba, que todavía se huele la pintura y no se huelen todavía las primeras rosas eternas!

CCXXIV

ANDAN por New York —mala amiga ¿por qué? de Boston, la culta, la Ciudad-Eje,— unos versillos que dicen así:

Here is to good old Boston
The town of the beacon and the cod,
Where the Cabot's only speak to the Lowell's
And the Lowell's only speak to God.

He conocido bien a una Cabot. ¡Cómo deben aburrirse los Lowell's! He leído «La fuente» de Lowell. ¡Cómo debe estarse aburriendo Dios!

CCXXV

DUERMEVELA

New York.

...¡OTRA vez las estrellas! No acaban de convencerme. Empiezo el aria y, a la mitad, se me caen, como notas falsas, las notas... Sí, estas estrellas parecen las estrellas de la bandera solamente.

CCXXVI

COLONY CLUB

New York.

A MIGUEL GAYARRE

SE encoje uno sin querer, entrando. Pero... ¿aquí vamos a tomar el café, con tantos loros? ¡Que se viene el techo abajo, por Dios!...

Una lorería de todos los colores posibles e imposibles, pesadilla de una señora nostálgica de un trópico malo, vuela por el falso verde de metal de un jardín, que queriendo ser aéreo, se enreda, como plomo, por la inteligencia. Equivalencia en dolares: 1.000.000. ¡Ah... entonces!... Entonces el corazón se achica pensando en los otros techos que la artista pintará con ese millón que le ha robado al sueño. ¡Lo que soñará ¡Dios santo! á costa del Trópico, del Polo y del Ecuador!

Como el millón suena en el techo, la gente mira al millón de loros, ellas —¿de qué carnaval de cementerio?— con muy poca mortaja, única inteligencia, ellos con el monóculo, ojo único.

Mr. B——n, crítico de artes, autor de un catálogo, un loro más, que, desgraciadamente, es más verdad que los del techo, y vuela, ¡viene hacia mí! Mientras me habla, ceremonioso, con el rabillo del ojo veo bajar y subir loros de la chimenea al techo. ¡Como hablan, fumando!...

Luego, la noche toda quitándome, como telarañas, loros y enredaderas de la cabeza. ¡Qué fiebre verde y roja, verde y azul, verde y amarilla, verde!... Y amanezco envenenado.

CCXXVII

SECCIÓN

De Garden City a New York,
en tren.

... HOMBRES cansados, que sueñan en que van mascando goma. Señoras extraordinarias del vivero del Hotel Martha Washington, que piden al negro una mesita para hacer solitarios... Humo áspero. Sonrisas sin razón ni respuesta. Soñolencia.

De pronto, el tren empieza a seccionar casas. Sí, no es una calle, es que el tren corta una

manzana... A derecha e izquierda, en las viviendas sin fachada —como en aquellas secciones de un barco o una fábrica que tanto me intrigaban de niño,— el peluquero, la modista, el florista, el impresor, el sombrerero, el sastre, el carpintero, trabajan, cada uno en su piso, tras su cristal sin puerta, bajo sus lucecitas de colores.

CCXXVIII

EX MRS WATTS

New York.

LA he visto en el Cosmopolitan y me ha llenado de compasión, de alegría y de tristeza, todo junto. Apenas puede tenerse en pie y anda, con su bastoncito, como con ruedas. Watts es ya rosas, bajo la tierra. Ella, sobre la tierra, es aun gusano.

Es sabido que, muy joven, esta mujer se casó con Watts, quien pintó, sin duda, con ella, la «Eva tentada» y, pensando en ella, ese trágico «Minotauro» que, sin poder escapar de su torre, olfatea el horizonte y le brama al poniente. Para que la primavera duerma con el invierno se ne-

cesita una hora de doble hermosura extraordinaria, pocas veces mezclada en la naturaleza. Acordáos de Dante, de Ruskin, de Víctor Hugo...

Un día, Eva se presentó a Watts, que pintaba tal vez «El amor y la muerte», vestida de egipcia; le cantó y le bailó unas monaditas, y, como si se fuera de un espectador por el foro de un teatro, se fué de él y de su casa para siempre. Y Watts se quedó solo con su «Amor sobre el mundo», que parece su epigrama doliente.

ENVÍO

... El *siempre* de más allá del ocaso, era este: New York astroso y frío, la vejez débil y presa, y yo para decírtelo, Watts triste.

CCXXIX

TRANVÍA

New York.

GAFAS. Pantorrillas de fieltro alto, arrugado y fangoso. (Van al baile y son ellas solas la pareja). Gafas. Ningún ojo claro. Mandíbu-

las incansables —¡qué cansancio!— que mascan goma, sin fin. Gafas. Borrachos sin gracia, que hacen reir risas de mueca a todo un mundo de dientes de oro, plata y platino. Gafas. Amarillos, cobrizos y negros con saqué blanco, es decir, negro, es decir, pardo, y sombrero de copa de ocho... sombras. Gafas. ¡Cuidado! ¡Que me pisa usted los ojos! Mirada, digo, gafada sin vida. Gafas, gafas, gafas.

CCXXX

AUTHOR'S CLUB

New York.

CREÍ siempre que en New York pudiera no haber poetas. Lo que no sospechaba es que hubiese tantos poetas malos, ni un tugurio como este, tan seco y polvoriento como nuestro Ateneo Madrileño, a pesar de estar en un piso 15, casi a la altura del Parnaso.

Son señores de décima clase, que cultivan parecidos físicos a Poe, a Walt Whitman, a Stevenson, a Mark Twain, y que se dejan consumir el alma con su cigarro gratuito, hechos uno

con él; melenudos que se ríen de Robinson, de Frost, de Masters, de Vachel Linsday, de Amy Lowell, y que no se ríen de Poe, de Emily Dickinson y de Whitman, porque ya están muertos. Y me muestran paredes y paredes llenas de retratos manchados y autógrafos en barquillo, de Bryant, de Aldrich, de Lowell, de, de, de...

... He cogido de la fumadora un cigarrillo y, encendiéndolo, lo he echado en un rincón, sobre la alfombra, a ver si el fuego se levanta y deja, en vez de este Club de escoria, un alto hueco fresco y hondo, con estrellas claras, en el cielo limpio de la noche de abril.

CCXXXI

¡DULCE *LONG ISLAND...!*

¡DULCE Long Island, ondulada y suave, con tus cerezos en flor, tus senderos poéticos, tu brisa unánime, tus pájaros infinitos más que la simiente de la adormidera; con tus valles al mar, tus enredaderas del bosque, tus bibliotequitas aldeanas bajo los árboles, y tus muertos

entre tus vivos; con tus carreteras finas como la planta de los pies, con tus muchachas lectoras y jardineras; dulce isla alfombrada de flox blancos, malvas, rosas...

Long Island, isla dulce; ¿por qué, en tu sitio mejor, Mr. T——i ha levantado esa casa terrible de hierros, mármoles y cristales, galerías policromas y osos blancos por docenas, dragones espantosos y retortas iluminadas —¡oh fuentes!—, ruinas de Pompeya y restos de terremoto de Mesina, anclas y malaquitas, loros disecados y armaduras, columpios de bronce y cuadros de opio, divanes turcos y pianolas; dulce Long Island?

... No sé el nombre de la opereta cosmopolita y omnisecular, que en este invernadero del cerebro paralítico, en este mausoleo del gusto, en esta tumba de los sentidos, van a echar al mar por el muelle indio, ¡oh pobre viejo barco quemado, que tienes que ver desde tu prisión de bambalinas el libre mar azul, que tienes que sentirte artificial también, en lo natural, y más triste que yo, que ahora mismo voy a tomar el tren que vuela... ¡dulce Long Island!

CCXXXII

WALT WHITMAN

—PERO, ¿de veras quiere usted ver la casa de Whitman mejor que la de Roosevelt? ¡Nadie me ha pedido nunca tal cosa...!

...La casa es pequeña y amarilla, y está junto a la vía férrea, como la casa de un guarda-agujas, en una praderita verde limitada de piedrecillas con cal, bajo un sólo árbol. En torno, el llano inmenso se ofrece al viento, que lo barre y nos barre, y deja mondo el mármol tosco y humilde que le dice a los trenes:

TO MARK THE BIRTHPLACE OF
WALT WHITMAN
THE GOOD GRAY POET
BORN MAY, 31-1819
ERECTED BY THE COLONIAL SOCIETY
OF HUNTINGTON IN 1905 [1]

Como el estanciero no parece que está, doy vueltas a la casa, intentando ver algo por sus ventanuchos... De pronto, un hombre alto, lento

1 Aquí nació —W. W.— el buen poeta gris... etc.

y barbudo, en camisa y con sombrero ancho, como el retrato juvenil de Whitman, viene—¿de dónde?— y me dice, apoyado en su barra de hierro, que no sabe quién es Whitman, que él es polaco, que la casa es suya y que no tiene ganas de enseñársela a nadie. Y, encogiéndose, se mete dentro, por la puertecita que parece de juguete.

Soledad y frío. Pasa un tren, contra el viento. El sol, grana un instante, se muere tras el bosque bajo, y en la charca verde y un poco sangrienta que bordeamos, silban, en el silencio enorme, innumerables sapos.

CCXXXIII

New York.

—¡NO puedo más!
—¡Hasta la luna, solo!
—¿Hasta la lunaaaa...?
—¡Sí! ¡Solo toda la Quinta, y ya estamos!

CCXXXIV

COSMOPOLITAN CLUB

New York.

¡HORRIBLE vejez la del snobismo! —Sí, es la misma, esté usted segura, Miss S——t; la misma. La misma, con su cara de ceniza, sus grandes gafas redondas, su disfraz blanco de viuda y su gran adormidera roja en el vientre, hinchado por el concentrase de la carne que presiente el gusano último...—

Es natural la fe ciega de estas señoras en cualquier carnaval nuevo —secta religiosa, rama de arte, batallón de algo—. Detrás de mí, en la soledad de la sala azul y miel, tres, que bien pudieran ser las tres Gracias, pero pintadas por Holbein para la Z de su alfabeto, fuman en una actitud de abandono a un ideal que cabe entre sus ojillos y sus gafas, y un humo que hace blandas rosquillas azules, le vela sus capotas, cada una de las cuales es un complicado postre malo, con todos los colores de la primavera, del verano, del otoño y del invierno, mezclados en un pasarse de excarnestolendas.

No sé de dónde salen, como no sé dónde se mueren los pájaros. Son tantos como ellos... y algunas lechuzas más.

CCXXXV

LAS VIEJAS COQUETAS

New York.

EVA, Semiramis, Safo, Cleopatra, Agripina, Lucrecia Borgia, María Estuardo, Ninon de Lenclos... todas las viejas con historia de la llamada Historia, viven aquí, en la sexta Avenida, su vida apartada, o en Grammercy Park, o en Broocklyn, discretamente, en pisos suaves a la moda del momento, que les arregla Miss Elsie de Wolfe o Miss Swift, de gracia, un poco recargados por ellas con ciertos recuerdos de época, salvados de saqueos, de naufragios, de quemas, de abandonos. En cualquier reunión de los últimos martes de la «Poetry Society» —«National Arts Club»— o en el «Cosmopolitan», o en el «Actors'», están todas, con dientes de oro, ateitadas, arrugadas, pecosas, pañosas, cegatas, depilado el vello perdurable, que, como es sabido,

le crece, con las uñas, a los muertos; descotadas hasta la última costilla o la más pristina grasa, llenos hombros y espaldas milenarios de islas rojas y blancas, como un mapa de los polos.

Visten su ancianidad, de náyade, con hierbas verdes en la calva, de Ofelia coronada, de Cleopatra, con la nariz de Pascal, de lo que sea preciso o impreciso, con todas las cosas posibles e imposibles —casullas españolas, dalmáticas indias, rusas, carnes paradisiacas— y se prenden en cualquier sitio flores de calabaza, malaquitas de a kilo, plumas de avestruz, de águila, de cuervo o de pavo real...

Desveladas siempre del sepulcro, y sin miedo de llegar tarde, o con lluvia o nieve, al piso 12 de sus cementerios, son las últimas que se retiran, pues conservadas en champagnes infinitos sus arrugadas arrugas empolvadas, son las preferidas de las sillas de desvelo. No se acuerdan, a tales horas, del Paraíso, ni de Babilonia, ni de Lesbos, ni de Alejandría, ni de Roma, ni de Italia, ni de Escocia, ni de París, que, por otra parte, ¡están tan lejos para volver de madrugada!; y se quedan con cualquier poeta cubista, robinsoniano o bíblico, quien las diga en mal verso libérrimo o en peor verso redondo inglés —en-

decasílabo de Pope—, un epitafio galante, que les hace olvidar sus idiomas patrios, ya en ruinas entre los restos de sus dientes.

¡Qué terciopelos con espinas y qué cenizas con sedas! Pero sonríen a todos, como claves sin teclas, y coquetean con el chauffeur, con el portero o con el negro del ascensor y se alejan mirando. ¡Pero cualquiera va, a través de los siglos, con esta nieve, a sus sepulcros!

CCXXXVI

WASHINGTON DESDE SU OBELISCO

PROYECTO dulce, malva y verde, bajo un cielo de vitrina empolvada, de una ciudad, visto desde la punta de un compás.

CCXXXVII

Washington.

TEATRO. Un lunar de luz deslumbrante y fría —como el sol y la luna a un tiempo— persigue mal, el rostro feo, deshecho y pintado,

de la mujer, tan procaz que exhibe en él todo el cuerpo desnudo. La mujer canta. Tiene un gato y una gallina dentro. A veces es sólo el gato. A veces, la gallina sola. A veces, gallina y gato se agarran en una terrible pelea de maullidos, alonazos, arañones y cacareos...

Se trata de un himno a la paz, desde la «preparación». Aplauso serio y cerrado.

CCXXXVIII

Philadelphia.

BROAD Street: Una iglesia pequeña e indigna, de esta piedra verdosa, blanducha, viscosa y desagradable como jabón malo, que por aquí tanto usan; y sucia y desconchada, y como tirada a la basura, descompuesto ¡más todavía! con roturas y estallidos, el desconcierto de colores crudos de las vidrieras de loros y de lagartos celestiales. A la puerta, en un cartel torcido, rechinante y descolgado:

SE VENDE O ALQUILA
78 × 92 PIES
SAMUEL W. LEVIS
RAZÓN: EDIFICIO DE COMPRA Y VENTA DE FINCAS

CCXXXIX

LA CAMA DE FRANKLIN

Philadelphia.

HE visto ayer el lecho de Washington, el de Lafayette, otros...

—¿Y el de Franklin? —pregunto en la mesa de Arcadia.

(Las señoras se tapan una sonrisa y los caballeros callan un punto, sonriendo. Y se habla de los postres exquisitos, del vino, del agua que cae...)

Luego, Mr. W——t se me acerca y me dice al oído:

—Franklin no durmió dos noches en un mismo lecho... y ninguna en el suyo.

CCXL

UN IMITADOR DE BILLY SUNDAY

New York.

BILLY Sunday, el terrible predicador, no se atreve a venir a esta «Ciudad de incrédulos». Pero tiene discípulos de una «fuerza» rela-

tiva. Así este Pastor A. Ray Petty, de la Iglesia Anabaptista de Washington Square. He aquí dos de sus anuncios:

Anuncio en C:

THE CRISES OF THE CHRIST

Organ recital 7.45 P. M.
Preaching 8 P. M.

SPECIAL SUNDAY EVENING SERVICES

A. RAY PETTY

	APRIL	2 D.	CHRIST AND THE CROWD
		9 TH.	CHRIST AND THE COWARD
TOPICS		16 TH.	CHRIST AND THE CROSS
		23 D.	CHRIST AND THE CONQUEST
		30 TH.	CHRIST AND THE CROWN

SPECIAL MUSIC — GOOD SINGING — *YOU ARE WELCOME*

Es decir:

CRISIS DEL CRISTO

Recital de órgano a las 7.45 de la tarde.
Sermón a las 8 de la tarde.

FUNCIONES ESPECIALES EL DOMINGO POR LA NOCHE

A. RAY PETTY

	ABRIL	2	CRISTO Y LA CATERVA
		9	CRISTO Y EL COBARDE
TEMAS		16	CRISTO Y LA CRUZ
		23	CRISTO Y LA CONQUISTA
		30	CRISTO Y LA CORONA

MÚSICA EXTRAORDINARIA - BUEN CANTO - *¡BIENVENIDO SEAS*

Anuncio en SPORTSMAN

BASEBALL SERMONS

SUNDAY EVENING AT 8 P. M.

A. RAY PETTY, PASTOR

	MAY 14 TH.	THE PINCH HITTER
TOPICS	MAY 21 ST.	THE SACRIFICE HIT
	MAY 28 TH.	GAME CALLED ON ACCOUNT OF DARKHESS

LIVE MESSAGES HOT OFF THE BAT

Es decir:

SERMONES DE BASEBALL

LOS DOMINGOS POR LA NOCHE, A LAS 8

A. RAY PETTY, PASTOR

	MAYO 14	«EL PALA» EN APRIETO
TEMAS	MAYO 21	GOLPE SACRIFICADO
	MAYO 28	SE SUSPENDE EL JUEGO A CAUSA DE LA OSCURIDAD

MENSAJES DE VIDA ACABADOS DE SALIR DE LA PALA

... Es noche de primavera. La plaza, verde; el cielo, un poco dorado aún del día caliente y polvoriento; la luna, como un pájaro de luz, de arbol a arbol; el aire, húmedo de los surtidores desflecados por el viento fuerte y grato. Parece la plaza el gran patio de una casa de vecinos. En

los bancos, gente sórdida, que duerme en fraternal desahogo. Borrachos, borrachos, borrachos hablando con niños, con la luna, con quien pasa... De MacDougal Alley vienen musiquillas y gritos de la gente que se ve bailar en las casas abiertas. La iglesia también está de par en par. Entran en ella los gritos de los niños y salen de ella los gritos del pastor semiterrible que, sin cuello, se desgañita en su sermón —sudor y gestos— de frontón.

CCXLI

LA CASA DE POE

New York.

A. J. M. DE SAGARRA

—¿Y la casa de Poe? ¿Y la casa de Poe? ¿Y la casa de Poe?

—¡...?

Los jóvenes se encogen de hombros. Alguna viejecita amable me susurra:

—Sí; una casa chiquita, blanca; sí, sí, he oído de ella. Y quiere decirme dónde está; pero su memoria arruinada no acierta a caminar derecho. Nadie guía. Y vamos a donde nos semidi-

cen, pero nunca la encontramos. ¿Es, acaso, una mariposa?

Y, sin embargo, existe en New York, como en la memoria el recuerdo menudo de una estrella o un jazmín, que no podemos situar más que en un jazminero o en un cielo de antevida, de infancia, de pesadilla, de ensueño o de convalecencia.

Y, sin embargo, yo la veo, yo la he visto en una calle, la luna en la fachadita de madera blanca, una enredadera de nieve en la puertecilla cerrada ante la que yacen muertos, con una nieve sin pisadas, igual que tres almohadas puras, tres escalones que un día subieron a ella.

CCXLII

DESHORA

New York.

«ABINGDON Sq.» Dos de la madrugada. Una farola de cristal negro con letras encendidas en blanco:

INASMUCH
MISSION

(Misión con motivo de...)

SERVICES AT 8 P. M.

Entre dos escaparates de pobres y aislados grape fruits y tomates, cuyos amarillos y carmines duermen un poco, tristes, hasta mañana, una escalerilla sucia baja a una puerta humilde. Todo en dos metros de espacio y encuadrado, como esquelas de defunción, en madera de luto con polvo. Y en un cristal de la puerta, con luz:

WHAT MUST I DO TO BE SAVED?
COME AND HEAR
REV. L. R. CARTER.

(¿Qué he de hacer para salvarme? Ven a oir al Rev. L. R. C.)

CCXLIII

CRISTALES MORADOS Y MUSELINAS BLANCAS

¡CRISTALES morados!... Son como una ejecutoria de hidalguía. Hay muchos en Boston y algunos en New York, por el barrio viejo de Washington Square, ¡tan grato, tan acogedor, tan silencioso! En la Ciudad-Eje especialmente, estos cristales bellos perduran y se cuidan con un altivo celo egoista.

Son de la época colonial. En su fabricación se emplearon sustancias que, con el sol de los años, han ido tornándolos del color de la amatista, del pensamiento, de la violeta. Parece que por ellos se viese, entre las dulces muselinas blancas de sus mismas casas en paz, el alma fina y noble de aquellos días de plata y oro verdaderos, sin sonido material.

Como las flores y las piedras que antes dije, los hay que tienen casi imperceptible el tono, y hay que hacer habilidades para verselo; otros, lo dan vagamente, cuanto los pasa el sol, las tardes de ocaso puro, en las muselinas blancas, sus hermanas; otros, en fin, son ya morados del todo, podridos de nobleza...

Con ellos sí está mi corazón, América, como una violeta, una amatista o un pensamiento, envuelto en la nieve de las muselinas. Te lo he ido sembrando, en reguero dulce, al pie de las magnolias que se ven en ellos, para que, cada abril, las flores rosas y blancas sorprendan con aroma el retorno vespertino o nocturno de las sencillas puritanas de traje liso, mirada noble y trenzas de oro gris, que tornen, suaves, a su hogar de aquí, en las serenas horas primaverales de terrena nostalgia.

ÍNDICE

I

HACIA EL MAR

Págs.

II

EL AMOR EN EL MAR

Págs.

III

AMÉRICA DEL ESTE

Págs.

Págs.

Págs.

IV

MAR DE RETORNO

V

ESPAÑA

VI

RECUERDOS DE AMÉRICA DEL ESTE ESCRITOS EN ESPAÑA

(Nota:

Este Diario, *más que ninguna otra obra mía, es un libro provisional. Es probable que, más adelante, cuando me olvide de él y lo crea nuevo, lo corrija más, es decir, algo; y es posible que le quite las leves correcciones que ahora le he hecho y lo deje casi en esencia.*

No sé lo que será. Sé que, hoy, me parece este libro mío un boceto de él mismo, no sé si boceto de más o de menos, que me quiero quitar de encima o de debajo, para libertarme, por este lado del alma y del cuerpo, del mí reciente, molesto y sin revisión por ahora, de hace sólo un año).

FIN

ESTE LIBRO

SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN LA IMPRENTA DE FORTANET

DE MADRID

EL 20 DE ABRIL DE

1917



